



## Claves lanzadas al espacio o a las aguas

Wilfredo Carrizales

Con fotografías del autor

[http://www.letralia.com/ed\\_let/claves](http://www.letralia.com/ed_let/claves)

**E**ditorial  
**L**etralia  
[letralia.com/ed\\_let](http://letralia.com/ed_let)

*Colección **Poesía**  
Internet, febrero de 2015*

**Escribir es un arte**

pero también es un oficio y una profesión. El poder de llevar la creatividad al nivel de una obra maestra encaja en la primera definición; el manejo apropiado de herramientas en la segunda; corresponde a cierto carácter de escritores intentar que la tercera se desarrolle en un esquema que no interrumpa al arte ni al oficio.

Uno de los objetivos últimos de la literatura —obviamente, no el único— es publicar. Ver el propio nombre impreso puede ser alimento para el ego, pero también es la culminación de un proyecto que tuvo en un principio sus planos y coordenadas como cualquier otro.

Pero el mundo está cambiando y el papel no es soporte suficiente para la inquietud humana. En un lapso relativamente corto, el nuevo medio de comunicación que es Internet ha entrado en nuestras vidas y las ha revuelto, provocando rupturas en las fronteras de los paradigmas y concibiendo novedosas manifestaciones en todos los órdenes. La literatura no ha escapado a ello.

Para respaldar la obra de los escritores hispanoamericanos, la revista Letralia, Tierra de Letras, ha creado la **Editorial Letralia**, un espacio virtual para la edición electrónica. La **Editorial Letralia** conjuga nuestra concepción de la literatura como arte, oficio y profesión, y la *imprime* sobre este nuevo e intangible papiro de silicio.

Los libros que conforman las colecciones de la **Editorial Letralia** en los géneros de narrativa, poesía y ensayo son en su mayoría inéditos. Se acompañan con magníficas ilustraciones de artistas contemporáneos, muchos de ellos también *inéditos*. Pueden ser leídos en formato de texto o en HTML, y cada uno tiene su propio diseño. La tecnología le permitirá no sólo leer el libro que seleccione, sino además comentar con el autor o con el ilustrador sus impresiones sobre el trabajo.

La **Editorial Letralia** *imprime* sus libros desde la pequeña ciudad industrial de Cagua, en el estado Aragua de Venezuela. Nació en 1997 como un proyecto hermano de la revista Letralia, Tierra de Letras y es la primera editorial electrónica venezolana.

Reciba nuestra bienvenida y siéntase libre de enviarnos sus sugerencias y opiniones. A los escritores que nos visitan, les animamos a participar de esta iniciativa con toda la fuerza de sus letras.

## Claves sin elemento

### Igor Barreto

Caracterizando a la legendaria dinastía T'ang escuché que existían dos trazos más o menos esenciales: la detención brusca (digamos una extrema concisión) y la resonancia que es una suerte de ebullición aromática, por decir lo menos de estos poemas donde florecen tantas cosas. Pero esto es una manera extrema de iniciar unas palabras sobre este hermoso libro de poemas en prosa de Wilfredo Carrizales, titulado *Claves lanzadas al espacio o a las aguas*. Y digo que es una forma extrema, porque la escritura de este libro no posee ninguna de estas peculiaridades señaladas para los poemas chinos de ese período. Todo lo contrario, con toda seguridad son textos escritos desde la desmesura y el exceso. Abundan imágenes que se superponen a la manera de los poemas surrealistas, o es posible que se trate de la desmesura aglomerante del barroquismo o el neobarroquismo. Entonces, estaríamos hablando casi de una reacción contra la extrema contención oriental. Y lo digo así, porque Carrizales es un puntilloso traductor del chino y antiguo profesor de literatura de la Universidad de Pekín. Yo he debido comenzar esta nota, tal vez, citando a Lezama o a Perlonguer a Dylan Thomas o a una poeta norteamericana que podría llegar a ser una buena lectora de estos poemas en prosa, me refiero a Jorie Graham. Lo cierto es que la lectura de este libro desata un tormentoso imaginario y una fiebre verbal poco frecuente en la literatura más desgraciadamente cercana. El calificativo se disuelve en cuanto repasamos a Juan Sánchez Peláez y, cómo no decirlo, los magníficos anacronismos de Ramos Sucre. También Carrizales nos sorprende con un léxico que nos saca de tiempo: *Tarde de pachorra* (poema XXXIX) o *Ferrugientos, salaron sus vidas y sus muebles y astillaron los posibles gozos para labrarse un mayor empeño* (poema XXIII). Ya en Aloysius Bertrand existía tal gusto por las extrañezas lexicales, aunque Ramos Sucre lo supera en esta materia. Bertrand decía en un texto: *Quiero a Dijon como el niño a la nodriza*. Tal vez estos poemas se escriben porque Wilfredo Carrizales ama a Cagua como un niño a su madrina. Eso podría explicar sus desafueros grotescos y burlas por la rechoncha ciudad provinciana y su mundo. Un homenaje al hambre de palabras y cruciales imágenes.





## Claves lanzadas al espacio o a las aguas

© 2015 Editorial Letralia  
[http://www.letralia.com/ed\\_let](http://www.letralia.com/ed_let)

## Índice

<i>Presentación. Claves sin elemento, por Igor Barreto</i> .....	3
I .....	9
II .....	11
III .....	13
IV .....	15
V .....	19
VI .....	21
VII .....	23
VIII .....	25
IX .....	27
X .....	31
XI .....	33
XII .....	35
XIII .....	37
XIV .....	39
XV .....	43
XVI .....	45
XVII .....	47
XVIII .....	49
XIX .....	51
XX .....	55

XXI .....	57
XXII .....	59
XXIII .....	61
XXIV .....	63
XXV .....	67
XXVI .....	69
XXVII .....	71
XXVIII .....	73
XXIX .....	75
XXX .....	79
XXXI .....	81
XXXII .....	83
XXXIII .....	85
XXXIV .....	87
XXXV .....	91
XXXVI .....	93
XXXVII .....	95
XXXVIII .....	97
XXXIX .....	99
XL .....	103



Fotografías: Wilfredo Carrizales



## I

Clementes, vamos claveteando signos, piedras y cuadernos a pleno sol, aunque ardan las ciudades con sus palimpsestos. Arreamos o arrastramos las bisuterías que le dan vista a las torres blanqueadas por las cadencias del derrumbadero. Los estamentos de las gratificaciones igualan la sede de su ortodoxia en la trayectoria que impulsa hacia las lágrimas. Surgen madrastras y componen sus nervuras para leer sobre la epidermis de los expósitos. Más adelante ondea una tierra de noche, tan triste como una bandeja, y nadie avanza para abrazarse de tan temido que resulta el impulso de muerte.

Casi siempre aparece un lustrador de zarcillos y en su universalidad titubea y se pinta los cabellos de morado según el sistema doméstico. Pueden correr los rumores a través de los aros que se asesinan y poco sangran. Ciertas rúbricas forman quimeras en los pudrideros del antes y el después. Una parábola sin retorno se aficiona a la bruma y termina el lignito por envolverla y anularla.

Ya pronto llega el infundio de la hierba, su derrotado esplendor, y el tocayo de la alianza acuña una fanfarria para estragar las interrogantes de los magnánimos. Por ahí se enmienda una brújula que sobrevivió apegada a los rubros de los polos. De los sonidos pronunciados se deducen los valles y las muletas para las fiestas en redondo. En imitación de la lombriz, se recogen unos pedales en sus envolturas recibidas en los laterales que permean. Los puritanos sufren la fuerza de sus intestinos, pero los trovadores se remiendan y arriban sanos a las buhardillas de las ideas.

Quien permite las jaculatorias en su casa, luego está impedido de expulsarlas y no puede saciar la quejumbre de su porfía. Con pluralidad de cantos y pulmones se nutre la mena que se recibe con largueza. Dígase kilómetros y le dolerán los pies y el conjunto de las irrisiones se instalará en su morada a perpetuidad. De ruta gotearán los hilos espaciados porque los hojaldres deberán ser lacrados para expresar el valor de la limosna. Si se suicida una muda el lugar adquirirá lindura. ¿Habrà otoño con cola de golondrina o molusco notable y cortejado por

anacronismos?

Arriba se mueven las maromas y es preciso callar las eucaristías de los anzuelos. Más ruin que la mascadura de los salmos resulta el loro que blasfema por encargo. La lengua propugna sus pasos vivientes y a solas culmina su perfeccionamiento. Del éxodo se regresa roto, crispado y sin nombre, con su retrato en descenso. A través de una mirilla se contemplará al leproso que eructa tras las cubetas.

Bajo los tejados de vidrio se desparramarán los naipes y las monedas. La inocencia nunca sabrá a qué hora es tarde. Gotas de muñecas se abrirán al sur, con presteza y versatilidad. El jambaje de las horas chirriará y todos sus misterios se fusionarán dentro de la luciérnaga que se mantendrá marginal. Y aunque las mochilas se apliquen al espacio de las cabezas negrearán los palpos de las obtusas virtudes y las revistas caerán paradas y un ámbar resistirá la arbitrariedad y la repulsión de un hacha dentro del agua.

Las semillas aprenderán los ardidés de las poleas; las rajás, cueste lo que cueste, se abrirán a las plegarias erectas; los obrajes elucidarán lo fosco de la modestia. Con rapidez arribarán las nuevas dotaciones de cromosomas. Los expedientes del flogisto se cocerán en gravedad y hemólisis. Sobre la naturaleza se derrumbarán los contrarios, breves hepatitis de influencia prematura. Una radiación de ebriedad halará al hombre y a la mujer para que se recuesten sobre su enorme plato.

## II

Un aderezo de espumas. Se oyen las máquinas del sueño sonar; se las escucha entre el estrépito de extrañas convulsiones. Iba una muerte desgañitándose de balas y cicatrices. El adarce saliendo de la pared donde los bichos colonizan los resquicios y más tarde descalabran los flagelos que conllevan fuerzas. Las palomas bravías lanzadas contra los espantajos en las rías tenidas por espaldas de la aurora.

Muy sensible a la fulguración, la greda avanzaba ocultándose bajo los pliegues de la imposta. Se inclinaba el astrolabio hacia lo inconmensurable o hacia el ladrillar que reunía calma, sencillez y pacto. La tercera brida cruzó su borde y las investiduras de los animales anularon el primer cuadrante de la rosa de los vientos. Porque aún no existían las chimoyas las plazas se veían desnudas, sin ensamblajes ni guarniciones.

Los llantos, flor y fruto de los músculos, se desdoblaban en páginas paganas, con la perrería atosigando la providencia y la reciedumbre de la soflama haciendo añicos el espejo de las tunas. (La macaón abrigaba los azules con un jadeo de motivada distancia, como en los cuentos de las flotillas). No obstante, durante los eclipses, los ecos rebotaban contra las vocales de los murciélagos y los paralizaban en reciprocidad.

Represado en un vitral dormía el duque torpe. Su lavamanos se notaba malquistado y la alegoría respectiva permutaba sus elementos y los convertía en vehículos de la iniquidad. De rotación en rotación, las pupilas del noble jalonaban una lección y visualizaban unos maitines en las reverberaciones del badajo. A partir de allí, quejidos.

En la leche, un lechuzo se alimenta de un queso que mana excrecencias. Las manifestaciones de la agonía se suavizan al ser englobadas por el fuego de alguna guitarra. La espalda socorre a su mariposa mientras los narcisos flotan sobre su onanismo. ¿Quién osa oponerse al hilo en el tiempo del extravío en la espesura? Los insensatos abren sus paréntesis siempre y cuando el desamparo no los convierta en historia para el menudeo. El rumor del mundo rebota encima de las cabezas de los que perseveran en las lecturas.

Se sentaron en el poyo de la ventana, llanos, solteros. Un silabeo dividía las fingidas escaramuzas. Anejo a la oquedad un barro se alzaba tras el azimut. Quedaron exceptuados de contemplar el milagro los longevos, las comedoras de hiedra y algunos que andaban descalzos por indiferencia. Hubo vibraciones que resolvieron múltiples avatares. De pajas, se atiborraron los hiatos en el infinito.

Un facsímil indagó en la celada. La honra arrastró sus ramos y sus alrededores y, propiamente dicho, tartajeó.

Las esquirlas esquivaron los apóstrofes del clima y se recluyeron, a posteriori, en el gálibo, promotor de la cólera y demás ítems. Doquiera se daban manzanas nacían enigmas y las culpas se repartían entre los ausentes o los lenguados. Los trabajos se tornaron más aguerridos, más explícitos, con graves consecuencias para la cacofonía. Por boquetes escapaban los hijuelos y retazos de liturgia de lo doméstico. Espurios, los huesos de los huertos se desecaron dando origen a crepúsculos que no divertían.

Los siglos se aglomeraron en un frenesí de humo y diarreas de niño. Lo que antes se igualaba se trastocó. Lo idóneo fue desechado. Solo los fonemas de alusión no fueron sometidos a edictos. Dentro de las rutinas persistían las imágenes y los códigos adquirieron visos de realidad. Se fecundaron los tejidos para pacificar a los faros y al punto más elevado del oleaje. Con jabón y costal se pulió la efigie de julio y de seguidas los helechos florecieron por vez primera. Surgieron bailarines en medio de luces, imitaciones de luciérnagas para las deudas del noviciado. Las montañas se extinguieron junto con sus nieves de anonimía. Cantando bajo la lluvia de meteoros se erigieron estelas.

### III

El aguardiente brinda su justicia mayor bajo la admonición de las agujas. Las beldades avientan los cuchillos para cortar las insinuaciones. La chifladura suele ser escalonada y derivar en epopeyas sin equilibrio. Los vasos desprevénidos no encajan como gajes del oficio, sino que son adscritos a las miniaturas que se juntan y castigan.

Poco antes de la erección de la geografía, los leones se inducían hacia lo augusto y las cosas todas se renovaban en lo fundamental. Después la vida comenzó a dar pasos falsamente vivientes y la apatía acercó a los hombres a su circuito. La serenidad feneció y por los cinco costados brotaron raíces que secuestraban los pronombres. Se tardó mucho en ganar la luz y los caminos trepidaban cual oraciones de herbívoros. Desde los cabos a los golfos salieron adoloridos los pocos alarifes que se aventuraron por aquellos confines. Una infección espantó a las liebres y a las moscas que producían azúcar.

Debió haber habido homenajes al hierro y a las diversas costuras. Los anales son dispares en esto. Mas los retratos confirman la alegría de los métodos y las mínimas casualidades de la expresión. Los hermanos del levante mascullaron sus ordenanzas y los parentescos alucinaron dentro de las sangres que los coadyuvaban. Las mitologías difundieron la idea de unos trópicos más bien tristes y poco entusiastas.

Se apresuraron los lycopodios en las licencias para ahorcarse. De texto y de caja las linduras se apañaron como pudieron, limpiándose de neutralidades y de morfologías de líquenes y minerales. Al hacer de las cortezas sus paraderos ajenos, las carcomas incendiaron los símbolos que las paralizaban en los vaivenes del otoño. La locomoción agujereó a los sepulcros hasta el punto de transmitirles el color de los abejorros. Las elegías causaron jardines, desembarcos de almíbarres y tejados con púas y cucarachas.

Se abandonaron las zonas a los rayones del mediodía. Nunca se sacrificaron las manos culpables y las inocentes se surtieron de naipes y de casitas de empeño. Bajo las rocas se revolvían las silvas y los sainetes y así se iban emparejando —¿o emparedando?— las sombras de los lobos y su religiosidad. (Decir que hubo caídas del pelo es entrar en materia abstrusa). Al agostarse las esperanzas salió malherida el alma y sus contornos.

De lleno asomaron las marranadas con las primigenias añagazas. ¿Qué fue de la soledad sin perfil, del suicidio destrozado, de las grafías que rutilaban? Apuntes sucintos para una lucha en la buhardilla. Sucedían los días en la medida del

crecimiento de los bigotes. Los decesos no declinaban ni se fatigaban. En las heredades se derrotaban las madrigueras que servían para el letargo. Arriba, en el colmo del desquicio, unos seres enarbolaban lo sucio en los calzados.

Parte de los estigmas frecuentaron las lisonjas de los purpurados y detrás de las escenas de las abstinencias corría el ludibrio y el licor. Lo que advino se aprovechó de la noche y su espacio no perdurable. Trémulo, un azor no pudo levantar vuelo y sucumbió horro. Se restauraron coronas y se dilapidaron alianzas. De los cuidados no se desprendieron asistencias. Las carnes se tejían con el exterior de los bordados y aguzaban las venganzas en el ínterin de las reliquias. Collares trajeron banderas y éstas aportaron caudales y tribunas. De panfletos y diálogos evolucionaron los lomos de las iguanas y las pependencias de los garrotes. Garrafal abrevó el gatillo en el ombligo de la hembra con manchas rojizas. Una gema identificó un mismo fin y el flujo del teorema principió el gesto de la viga continua. ¿El manual del hoy fue redactado por quien degüella sin premura y sin tarifa? De gracia, de mar y de vista gocemos mientras las aldabas despierten puertas.

## IV

Nos enfermamos y por cualquiera de los agujeros se nos escapa la vida. La fachada de nuestros cuerpos comienza a hervir hasta implantarse sobre ella una textura de jibia y un karma que la modela. Después los labios se ponen ceremoniosos y quedan mudos, sin posibilidad de negociar un retorno.

El viernes es el mejor día para morir por su relación con Venus. El alma gira en su noria y el agua la disciplina. Luego se integra a la gran obertura del cosmos y encuentra su eviterna resonancia.

Ocupémonos mejor de la celebración de la vida y de sus frutos y de sus cosas que obran milagros. Los trigos convertidos en pan y abiertos, aguardando el queso con su sabor recogido y al jamón para perfumarse a sus expensas y al aceite de oliva y al tomate que lo olisquea.

Los efluvios del orégano en constancia en la cocina y la ciencia de las cucharas y el anhelo de la perdiz y su carne revelada. Las plantas con ventanas y espejuelos y la miel que vigila las mieses en su avance hacia el crepúsculo, hora del descanso y de la sorda percusión. Las orquídeas extirpadas del aire y la permanencia constante de la oruga sobre la pila de las satisfacciones. Los pájaros polinizando los pasos y los caminos y los requiebros del paisaje. El reflejo de la luna en el estanque construyendo una ciudad de lodo y algodón para los peces con maestría y letras. El búho, diligente para que se yerre el tiro y para que la mosca preste su zumbido en la separación de los granos.

Sorbemos temprano los zumos con las pajas y tantos refrescos sin sorteo y cruzamos las ruinas de las palmeras y encontramos a hormigas borrachas con las lenguas afuera. Santos son muchos palos que se avistan conjugados a las balsas y núcleos de ancianos dilatan sus destellos para que sean cenitales y las crías de las cometas encuentren el remolino de las espigas. En las siembras se tuercen los racimos y se arrollan los animales que no se defienden. (El que lleva la alabanza se la ajusta a la cintura).

En las redes quedan atrapados los horizontes, mayormente verticales, y una mandorla se cala los bordes para paliar los dolores no comestibles. Se alimentan los barcos con las representaciones de las auroras y los manteles mutan en velas y se hinchan con estucos del porvenir. Lejanos leones de mar habrían encontrado sargazos en sus pesadillas con violencias y los naufragos estarían nadando en paños menores.

De ambos vidrios los rones se tiznan y las gatas en flor filosofan por los tejados enfriados con himnos de mandarinas. Los sapos reciben todo el neón de las

ciénagas y principian sus clases de química en medio de tempestades de mosquitos. Lo que tira a moradura se duerme a contrarreloj y se adhiere, prematuramente, a las vides que salen a la medida de los deseos.

Se inician, sin cesura, los periodos cuando se repliegan las nubes y las arcillas y los fuegos del espectro; se infunden de maniobras y alientan las ferias de los niños. Frente a lo visual, el infortunio de los herreros arroja chispas sobre la trayectoria de la medianoche. Los ríos gesticulan con desagrado, pero el curso de su industria colma a los prójimos y los dota de escuela. Al darse al ocio, el adulto encuentra su infancia.

Mientras existan hayas habrá semillas y sombra y fagocitaremos el almidón y el aceite para ser longevos y se nos vendrá arriba del cabello lo castaño que comprende y no falla y arduas ardillas roerán las alegorías del gris de los inviernos.

(En los márgenes fluviales prevalece una provincia para discípulos que se consagran al oficio de trepar lianas y arrojar desde lo alto zarigüeyas con sus crías en acto de ofrenda a las diosas de las corrientes).







Fotografías: Wilfredo Carrizales

## V

Abanderados al pie de las ciudades que se sacuden sus petróleos; atascados en la casa del hermano menor; acetoados al desgaire y nunca ahitos. No más que vigiliás sin melancolías. La dispersión de las camitas nos hizo más enanos y nos volteó los párpados hasta conseguir un vector y una enfermedad de hongos predominantes. Deificados, espuriamente, trasladamos las soledades hasta las vendimias del olvido. Orillamos las meditaciones para destrozár el tiempo de los apuntes y las soluciones en bacinilla. Debajo, un altercado; encima, un designio sin hueso; al lado, una escoba que madura al compás de escisiones. ¿Y si el freno simpatiza con la insolencia y el limbo con la mascada o con el arroz de los burócratas?

En lontananza, grúas elevando nubes resultantes de la victoria de las cenizas. Mascarones de proa negados con la excusa de obturar las claraboyas que se desplazaban sobre las olas de los puertos paradójales. Daban ganas de pellizcarse un tumorcillo que hubiese brotado debajo de una axila. Los senderos de cemento se hacían innumerables y atraían vidas secas, lazos para fastidiar perchas, objetos podridos en sus arrebatos. Los religiosos estaban tocados... y manoseados. Donde se fundaron unos hinojos cayeron de rodillas y amasaron los óleos.

La apología de los vicios resultó un perdigón en la frente de un devoto de la simonía. Se vio privado de público y ocasionó daño a su hacienda. Aun así no se fue a pique. ¡Ah, y el color de su tela fue de tumbo en tumba y de cirio en cirineo! Y es que hay personajes que no se mueven en balde y pertenecen al vallado y a la tutela de menores.

Del cacumen puede surgir una paz de fondo, de ilación y vista. El ritmo sería conceptual, consensual. La realidad se freiría como parte de una hazaña de los episodios patrios. De perillas se meterían los dormilones en sus sacos de ilusiones. Lo teatral iría a la par de malicias gigantes y en un baile el secreto de la cucaña sería revelado.

Conforme a la utilidad de los semáforos Lo Absoluto se impondrá en las comunidades y los bandidos dispondrán a perpetuidad de las fichas del dominó. Interesa saber las bajezas de los cancilleres y el sitio donde consumen sus mortadelas. Sobre la lengua habrá un trueno y sobre el trueno, una guerra. En ambos tendrán un espejismo ad hoc. ¿Acaso nos olvidamos de la seborrea y de la cuádruple perversidad moral?

(En el interior de los reinos elucubrados se sospecha la existencia de las últi-

mas salamandras de yeso, aquellas que fueron fraccionadas por los númeridos y quebradas ulteriormente por los abogados de los cautivos. Mientras no haya pruebas concluyentes nos atenemos a las consejas).

Son los rascacielos separados por istmos y dunas los que merecen no ser destruidos por los marginados y los que deben ser protegidos contra cualquier tsunami provocado. Las demás estructuras con ínfulas de torres o presunciones de moles infinitas tienen que caer bajo las embestidas de los irracionales. Después sobrará papel para recoger esos conmovedores e inevitables hechos.

(¿Se notará la ficción por entregas, la evolución rauda de ese imprescindible género? ¿Estarán preparados los lectores para soportar y asimilar los rudos golpes de la invención? ¿Cuáles argumentos serán los favoritos? ¿Serán simples las vicisitudes de la narración?).

## VI

Se muelen los pedernales que desechan los días y los padrinos y las madrinas se levantan las uñas en el justo tiempo humano. A pesar de lo quebradizo de los aromas penitenciales, la rebelión de las vulvas avanza y se extiende hasta límites insospechados. Alcanzan los placeres y se desbordan. Los muertos dicen sandeces y un rosario de gente los critica. En caso de haber barbudos se ubican entre dos fuegos y se les arrojan machacadas preguntas.

La sarna se destaca por el impulso del ferrocarril. A puertas cerradas se socializa el prurito y se satisfacen agravios de la razón. Si aparece la náusea plantea con toda libertad su apetito y con una escuadra mide su ámbito.

Los preciosistas del circo son cleptómanos en las grandes tiendas. De a dos, matrimoniados, roban por conveniencia. No temen a las calumnias del secretario de actas ni a las del cocinero. ¿Qué futuro les aguarda? La alienación y el seguimiento de los anticuarios. En las terrazas se ejercitarán con las sátiras de las lechuzas y las sonatas para clave. La mala calle tendrá la inocencia del dinero y un manjar despótico.

Nortea el toro salvaje pintado sobre una pared del almacén. Lo amargo se le distingue en las venas. Un sábado se convirtió en su régimen. ¿El octavo pastizal nunca estuvo a su alcance? Habría que preguntarle al graffitero de larga cola y motocicleta sustentada. (¿Los bandidos harán sonar sus campanas antes del tiro de gracia?)

Llaman a enjugar la humedad de los prefacios, a absorber los neutrones de la astronomía, a secar los cólicos bajo las elipses... Los flacos siguen sus rutas de seda. Las hembras del sigilo transfieren sus bienes y, de costa a costa, las vajillas forman un solo organismo. A buen seguro, la sedición caerá por gravedad. A bordo de los diarios se asesinan a los reyes asexuados. Los estrafalarios sellan las bienvenidas y se causa una desordenada corrida en las festividades intermedias.

Semejante al semen el pan y la rosa promulgaban su resurrección. Las cosas exceptuadas —minucias y ángulos— interiorizaban sus impurezas y en los intervalos acaecían dobleces y engaños. La decadencia que se movía por sí misma transparentaba su vínculo con las letrinas. (¿Dentro de una cavidad cabrán más huecos y oquedades?)

Decidimos resonar con las fibras de los anatemas, en señal de puridad y conocimiento táctico. También aprobamos cazar con señuelos en las encrucijadas urbanas y señorear sobre las mujeres desnudas con cortes en las orejas. Accio-

nes propias de los poseedores de mandados. Luego el sepia metió baza y perdió vocación.

Cobra la serpiente sus secretos a las órdenes del gobierno. El veneno hace resonar sus cascabeles y humaniza los intersticios del cuerpo. El servilismo se adhiere a su concha de protección y funda un desafío a la vuelta de la esquina.

Al sesgo, el sexteto tuvo sexo y su circuito musical dejó constancia en el estuario. Los baños y los puentes dominguearon tras las jambas del estío. Bailarinas azuzadas de azurita, en un esfuerzo moderno, expandieron las esferas sobre la luz de los cubos. Notable epifanía de la fascinación. Las dueñas anulaban a los rivales y les indicaron el camino de los bosques petrificados.

Una silla habitaba en la selva y la mojaban las aguas de la umbría. El silencio consistía en unas tijeras de madera plegable y el silbido rebotaba contra las piedras autolabradas. Cristalinas eran las asimetrías y la evolución iba adjunta a los estambres de la flor que aquilataba su juicio.

## VII

«Puedes irte, con tus odios y tus sombras», le exigí y pudo la cruz y dando cornadas se marchó. Ante mi insurrecto cadáver hablé de cosas alegres y brindé por él. Mi presunta viuda ya no estaba al acecho.

De perfil, quemé la escarcha de los ojales y ahumé los retratos que ya no inventaban sueños. Mis miradas fueron al centro, en busca de los cantos de ciudades abolidas. Dado a los alberos me cuidaba de no quedar ciego en la bandurria. Impuse mis guisos y no me torcí por las oes del alcohol.

Nada de afrentas en mi morada. Tenía agallas y afrodisiacos en botellas. Aquel patio sin fondo me pertenecía a plenitud. Las primaveras se deleitaban en su sonambulismo y la defensa de los pajarracos se la dejaba al gato sin sol. Ajusticiaba al ajo con un martillo de cuero. Del vinagre, me reconciliaba su porte.

El perro siempre andaba hambriento y se sentía ajeno y nunca ancho en aquella heredad. Sus noches de cazador eran tan pocas como las perfidias de la luna. Al final, lo destruyó la prenda de la venganza y una falsía sobre su cráneo.

Las hojas se precipitaban dentro de un baúl y allí se aliaban en un candelero que iluminaba las nocturnidades feraces. Las almorranas delataban con sus ataques cercanos y las pomadas inermes desaparecían entre la ira.

Las pruebas del andamio no eran para mí. Me atraían mucho los puentes y sus historias de ahorcados. Unas risas rotas se escuchaban debajo de las tablas. Nacido cuando los cristales prometían más que ahora, no le temía al caudal de la eternidad.

Me alcé sobre las espaldas de los arlequines y tomé de ellos potencia y actos. Lo invisible me incorporaba a su ruta saltando por sobre los conductos del agua. Los paisajes de los azares anteriores me ayuntaban a los mediodías de los helechos y en esas plenitudes las coronas eran bizcochos en ayunas.

Vadeaba los cognomentos de los bagazos; me inspiraba en las musáceas para lograr mi bálsamo; luchaba a brazo partido contra las malas hierbas. Recibí por regalo un odre y de inmediato se colmó de mosto y algazara. Mi barriga ganó el mayorazgo.

La materia de la ansiedad me envolvió con sus manos enojadizas. El despiece de las aventuras me mostró sus rostros mostrencos, a mí, a quien la inocencia puso de lado. Icé, sin velos, las cañas atiborradas de arena, destinadas a nublar los valles adonde peregrinaban los zombis.

En las evocaciones reaparecían las escaleras y sus ruidos, las redomas invadidas por segmentos de metales, el bullicio de las bandadas de pájaros ignotos, hundimientos y modificaciones, asientos sin brazos o esculturas con cabezas boronadas. Una cabra escupida se echaba a mis pies mientras el gallo daba voces y ponderaba la magnitud del zodiaco. Venía a mi piedra que alumbraba a sentarme mal, a sobrevenir con el atardecer o hablar acerca de lo caduco del ardimiento. Nunca un camaleón trajo su alma mortuoria. Jamás el cereal alzó vuelo. Nunca jamás se redimieron los justos cartones.

Duales eran las alcaparras que se asentaban en mi mesa. El ciclo se repetía con feroz insistencia. Me obligaba a orillarme y a contener la cogitación. Lo aciago rondaba con sus patas de matraz. ¡Cómo requería en tales circunstancias una clarinada! Mas unas llamas remontaban los techos y se interrumpía la lluvia. Las aclaraciones de los montes no se regentaban en la comarca habitada por mí o al menos eso intuía.

Los zapatos fueron agarrando un incendio, una anunciación de fuego y furor. La verdad se cubrió de miedo y sacudió su espinazo largo. La génesis de la contingencia se hizo marea contraria. Abundancia de charcos solo existió en la imaginación.



## VIII

Siempre que los dados rodaban por el piso, se reforzaban los travesaños de hierro y los jugadores no daban ninguna explicación. Los niños inventaban otros trucos junto a la fuente. Las viandas y los pescados corrían mejor suerte y los espacios quedaban divididos para disfrutar la siguiente mañana. A los analfabetos se les aflojaban las ijadas y los medios para ser más inocentes. Sus rasgos aparecían en las fisuras de las monedas.

En gran escala las manos abastecían de paredes, tejados y ruidos. Los cuerpos se amurallaban y a la distancia se cortaban maderos para criar escaras. Pasa a menudo que los labios encuentran escondrijos y se alivian con corolas menuadas. Por insensibilidad a las apostillas los ocultos despabilaban a deshora.

Del viento hubo amagos de cuna y llanto. Las virginidades se arrojaron dentro de un florero y de tal guisa se sangraron los pétalos. De sal y dolo asonaron los humores y se convino en la irrealidad del alfa y el omega. Lo que va debajo del agua —fondillos, esquejes, lancetas o astillas— adquirió fantasía y la conquista de la holgura. Las cerraduras trepanaron sus guarachas con varas de morteros. En lo circundante, ¿compitieron enlaces del papel y la exterioridad identificada? Morbo no es freno.

Quienes marcharon a las islas de los pingajos conocieron tarde la rebelión de los gusanos. Otros fundadores quebraban sus maderas con la inercia de los fuelles. ¿Cómo olvidar las manos desasidas o aquello que abultaba las miradas en su huida? ¿Para qué el choque o la cohesión? Suciedera lo que sucediese los futurarios serían legión.

Partiendo de las manchas de las comparsas, los hombres sordos, con las espaldas mojadas, tomaban la palabra y el nudo y los convertían en polvo. Se escribieron sagas al respecto y se pagó buena plata por ellas. Para entender la alfalfa, ¿habrá que seguir el mismo procedimiento? Con la repugnancia, ¿se podrá gastar bromas? Acusamos la locura y proseguimos por la vereda del garabato. En marcha, los orígenes.

Un demonio, macho de la madrugada, cribó los garbanzos y tuvo su luna llena. Su altura se tornó sombra en la fase más orquestada. Las confesiones apilaron sus ruedas y ciertas rudezas. Las damajuanas se engarzaron de barro y en un corto vuelo se describió el hecho. ¿El gavilán se introduciría en la carne del hábito que descargaba?

(Placentero y de mal genio. Así recuerdan al general de cara infantil y orejas de gorgojo. Los flamígeros lo tuteaban y él los arrojaba sobre las hierbas. Esta

digresión, in promptu, se presta a la impunidad).

Valle del mar y grande y los hombres trastocados en forajidos. Otro principio dimana una alterna vía. Jarros en el patíbulo para calmar la sed de los verdugos. ¿Poner ladrillos o quitar ladridos? Amo y perro en la disyuntiva. El peciolo de la vida engendrando a sus vástagos y nombrándolos para que alucinen e ingresen pronto en la escuela. Itinerarios de la calle y barnices y fotografías para despistar a los curiosos detectives. Ladillas en la facilidad del habla y juanetes de lacayo por donde se oculta el sol y máculas para exportar en cestos impresos y naridos y narigueras con el traspaso del poder y rumores de los bachacos durante las vacaciones. La mucosa aguanta su harina y el color de la naranja desprende un soplo ritual: todo sirve en la previa sensación. Los sobrinos, adyacentes; los fatalistas, despejados; las notorias, compaginadas; las pacatas, reblandecidas... Tejedores los insectos y ahorquillan sus agujijones / Zaque y coplas en las orillas / Vuelta y media y vulgarismo tropical / Putas signadas por los yoduros / Xilosa y yeguas en descampado y arcanos topando contra el asta / Uvas y utopías sin redundancias ni sumisiones / En el colmo de la abundancia los llantos son inevitables...

## IX

Yuxtaposición de la juventud en el saliente de la ventana. Se toma la delantera y el vestido queda sin cuello y sin mangas. Hay que saltar por encima de los obstáculos y conjurar el ataque de nervios. (El tren puede descarrilarse o los prisioneros escapar de la cárcel).

De ciertas frutas hendidas se obtienen testimonios para el erotismo. Erubescencia sin culpa y disfrute de lo resbaladizo. Esas mujeres gorjeándole al bálano y un líquido sereno que desciende gota a gota. Idilios ajustados al predominio de la voluntad.

No es doméstica la conspiración de las rosas, ni en ningún documento está asentado. Mejorando la sangre —su color, especialmente— mejora la lozanía de esas flores y el sitio que ocupan y las manos adonde llegan. ¿La virtud de la paz reposa en el jardín o se mueve más hacia el exterior, hacia el oeste de otro nicho?

En el oficio de la ceniza cae un ave prava que dejó de cantar por odio. Patas de boj bajo la cornisa; corazón dormido y apisonado; pico que nace de los ojos. Rareza de arriba abajo y un título percibido como peligro. El daño se infunde en las ramas y el desagrado se extrema y se conecta con la cojera de la calle.

Quemado en el dibujo surge el hálito del sapo. De estaño lleva las arrugas de su impuesto. Su status es su negocio. En el tornasol se apergamina la piel. Se sulfura con los encargos de la labor de zapa y las mucosas desairan la música del carbón.

Tambor ligado a las arterias y al clima del chorrillo. En la parcela protege a las moscas del contacto con la miseria. A lo que parece, retumba en la sobriedad. Detrás de lo nublado se empareja con el mecanismo de los cueros y junto a un muro, pivota e instaura su economía. Carece de neutralidad. Provisto de un ilegal tropismo, toca a rebato y hiere.

Fuentes romas en las cercanías de las vidrieras. Se brega, se forcejea y hay una inclinación de espaldas. Un alivio responde. Distinción de los tejidos entre respuesta o abertura. ¡Ah, mi amor, combates las pasiones y sobra mucho de mucho! Ojos de la sal y un ímpetu de apiñamiento. Cada uno a su acuerdo, a su prefectura que anima y no aplaude.

En leche fluctúan los lunes y los viernes y el principio de todas las herramientas obra en el interior de su séquito. A la medida de la fertilidad, el país de la magnesia y de la síntesis de brujería. Efervescentes, las nalgas tatuadas proliferaron en coro y batallaron entre sábanas y perfumes de kefir.

El montículo iba ardiente y no fingía. Los hitos, rotos por las puntas, delimitaban los territorios de las linfas y las nostalgias. Por allí partían las nueces y se uniformaban los aliados de las peñas. De las cañas se sabía que andaban calladas, alzando bobadas por la espesura. Agrias, se tumbaban las cadenas y las redes que entregaban sus serenos se conseguían en la astucia. El arrepentimiento o el dolor sufrían las excusas.

Bota la pelota contra la pared del rebozo. Esto colmó el espacio de virutas y plañidos. Muchas veces, muchas palabras. Sin rodeo, lo ficticio consume su vapor. Aparato para columbrar la enfermedad. En la estrechez, las atribuciones de la derrota. Un viaje se desintegra en minutos y se precipita la pesadez de la costumbre.

Erizados en su vida acuática, los colmillos estornudan y al mismo tiempo se dotan de cubiertas y recubiertas. Las estaciones facilitan los gritos y diversidad de desmanes. Hubo sido toda la relación un chispazo que no consta en la memoria.





Fotografías: Wilfredo Carrizales

## X

De la hornaza salen impelidas las llaves en las horas sin horas, cerrazones del tiempo ofrendado y marchito. Las dichas de la vista las comparte el oído. Nadie había encendido la lumbre y sin embargo un esplendor lucía en lo perdido. La imagen de un insecto de sombras reptaba por los rincones y rascabucheaba su acento. La casa se inundaba con agujajes casi perezosos y aguantaba sobre el clamor de las esfinges.

Huéspedes verídicos eran las herramientas y los callejones estaban llenos de ellas. Las navajas estampaban sus batallas de espanto bajo el estímulo de las cosmogonías de cajón. Acompañados de ruidos y horrores los martillos anotaban sus carencias en el centro de los conjuros. De las sierras, las dentaduras mordían el equilibrio de las fuerzas y lo echaban abajo, sin el dolor cotidiano.

Héspero no espera a que desemboquen las tinieblas encima de las techumbres para significar y manifestarse. ¿De dónde vendrá el cristal para intervenir las caras de los astros del atardecer? Los pasajes y su liturgia aciertan en los clavos de la morada hita. La secreción del destino busca al amarillo verdoso que se esconde bajo la hondura de un tal jaez. De prisa, los misterios de las ventanas van despejando todo cuanto se obvia.

Fuera de aquí, de esta sensibilidad terrena y otrora blanca, un jubileo despierta para rodear a los átomos y a las melojas y a las bisuterías de escaso lustre. Sin miedo, apoya al huerto en su manual y a los tajos que sucumben ante el hielo. Bien que las grasas propinan alrededor de los retratos de apocados. ¿Sabrá el cuchillo acerca del artificio del pretil? ¿Y la irredenta procesión de las arañas? ¿Joya tan pequeña y polvo?

Cesan los juglares en los eventos epónimos y sus caudales se tuercen en matojos. De pompa se agudizan las fatigas de la juguetería. El plomo, en la mitad de su oriente, levanta un asta para los desterrados. ¿Cómo elucubrar con las pobrezas de las profecías? Tomar el disfraz con una mano y despejar de pluralidades los ingrinos otoños.

La adopción del keroseno pone en fuga al rojo y desplaza el barro del candil. A este tenor, el peligro y sus pesos y medidas moverán a risa, suscitarán la confusión de un laberinto. En el fondo, los inventos defraudarán a los ratones. (Taimadamente, la legaña se estruja y sabotea las meditaciones del aprendiz de vampiro y su consorte).

Captura de unas fechas de dama en el sobresalto de una ventaja. Las monedas y su alforja se clavan en un costado de la protuberancia que no se marcha. La

aldaba articula su escuadra para alcanzar la cima de un cerro. Nos abrimos camino con la delantera de un microscopio y fuera de rutina, libremente, se despliega un revoloteo. ¿Se anunciará la llamada por teléfono o primero se ensortijará un corro o una corteza? El murmullo se reviste de piedra, desvencijada, pero dadora de sazón. ¿Ha zumbado la tórtola en la criba? De los acontecimientos, destaca aquel que por su euforia consumió jergones de semillas con energía cerrada.

Octal, el parricida podó los rebrotes del tatarabuelo. Parecidos a los europeos, usó escoplos de carpintero que aventaban sucios juicios. Dentro de los cuencos los cipotes sumaban las alevosías del barro. ¿O era en el ínterin de las ollas? ¿Acaso no fue un viejo español el que amarteló el hierro y lo volvió criollísimo? Se salgaron las bufandas, entretanto y fe, en el campo que, de contigo, solo tenía un sésamo y una preñez.

Sobre el calderón de arena, las cáscaras se asoleaban con el fracaso en pleno, mientras los rabos escudriñaban por los ojos de los difuntos. Otras guerras menos ácidas acaecían en el entorno del esmeril. Barbas, papeletas y brazos se acumulaban con suprema displicencia. ¿Llegó a cumplir su ministerio el cansón del culo mojado?



## XI

La mujer acostada sobre la cuesta, no asustada, aguzada tal vez. Para mí, acusada y angostada a mi medida. Acosadas sus corvas; acotadas sus curvas; acopladas nuestras carnes. Acongojadas sus rivales, mal aconsejadas ellas, ¿a costa de qué?

La cabeza del ojo y el escote de la nariz. Mientras se dormita nos gana la candidez. Reverencia a los ombligos. Con talento innato se sobrevive con un mismo perfil. El cuerpo que nos rodea, a lo más, de ida, pero no de vuelta. Desde el fin, otro material sin ambages y un podenco sigue hacia fuera, hacia un puerto no afiliado.

Un tal «hermano» llegó terciado y sus pústulas convertidas en ruinas. Un juego de naipes con reglas extrañas, con código de honor y rudeza en las apuestas. Los cabellos ocupaban su lugar en la mesa. Un cofrade estaba en cartelera, con la boca desierta y el ardid a todo trance. Razones había para que no migraran las reyertas. En los peldaños de las escaleras los grillos eran faros de pista. Hubo susurros, crujidos, hernias desinfladas. En corriendo, un mensajero arribó, movedizo y alguacilado. «Que los rápidos bajaron con la lentitud de siempre», soltó y los tragos repasaron los comentarios de los periódicos. El mandado estaba hecho y la serie de puntos también.

La pelvis acostumbraba a su soldadita. La lamía y le cocía los huesos de gracia y de tos. Vagaba la novicia por donde instilaba el alcohol. Se admiraba del hoyo plantado en tierra y de su forma de hoz. Los pestillos acertaban en las ocurrencias sin tino y en las posaderas las golosinas abundaban en reflejos. ¿Por qué las migrañas entraron en sospecha? ¿Cuándo el muñón se apoderó del lacayo? ¿Qué cadena se enfrió?

El escupitajo guerreó con su leyenda y los bordados vegetaron en el sur y un muchacho se sujetó las menudas jerigonzas. La velluda vació el rollo de su mantilla. ¿Y el recipiente de sus cuitas sufrió menoscabo en la hora nona? Los pitos llegarían a afiliarse al resumen de las sintonías. Sinovial, el tunante expulsaba de los bordes a la muchedumbre que mugía. ¡Palabra y variación! Especialmente el palito se adelgazaba y contribuía a la miscelánea del día. En los úteros cundían los olivos, utrículos con ensoñaciones por venir y permanecer. ¿Se escuecen las prendas bajo la sarna?

Quesos y besos y el latrocinio en descargo. Familia con árbitro y un millar de coronas. ¿Y si los isleños deportan sus órbitas? ¿No se trastocarán las isóbaras del calzado, las turgencias de las monas chiquitas? Las hopalandas se suelen lle-

nar de lombrices y caraduras, pero en las galerías abunda la sífilis y nadie se defiende de reparos. En los ciclos de raigambre se les dice adiós a los machos ordinarios, mientras los pericos vomitan sus locuras. ¿Quién ferrará las espuelas del patán? Un ejército de vencidos, sin años triunfales, sin gozos ni risotadas. Los bofes ostentando estrépitos, evacuaciones del diafragma, hedentinas y mareos. ¿Misión cumplida? Sonetos en las nubes y en seguida ensaladas de sabañón. Unciones de sebo y gonorrea que ensancha.

¡Eh, la tristeza arrastra su vermicelli hasta la olla de las ilusiones! La floración se adelanta y crece el infanticidio. Del bautismo seminal, buen gusto y presunción. La zoofagia quedará para los jueces y los acreedores. En las ábsides, estuve. En la turba, un huevo en orfandad. Dentro del cubo, enhorabuena. Tras la villa, histeria precoz. Entero y anfibio circunnavegué en el mismo carro. Conduje a un moribundo hasta la cerrajería y allí, suavemente, aprendió. O el viaje o la bujía y aún así, la hiel se fingió rojiza. Al traje no conduje, ni al extranjero tampoco. Ambos necesariamente irreales. En ocasiones partí sin tilde y nadie quiso oírme. Afirman que la quiromancia obliga al reposo y aleja cualquier virtud. Al salir, nos levantamos y el sol se sube al tren. ¿Aquel sitio será el volver? Cortésmente expongo: «La tentación me llama y presuroso acudo».

## XII

Igualamos la tijera con las prácticas de la bribona. Superamos las secciones y el sarro de los dientes. Sobre el papel donde descansamos conservamos los juicios y las conchas al lado de los mojonos. Surgen trinos: se trata de pajarillos de una decadente nación sometida a madera, yeso y plomo. Nada corresponde de un confín a otro. El calor se pierde dentro de la media que cubre la pantorrilla. La devoción a los santos no persiste.

Un derrame de personas efusivas al pie de una colina. ¿Qué cosas estarán tramando? Sobran los depilatorios y los trazos finos de la escritura. Se forman las depresiones por duplicado. Quienes estén en pañales se insinúan lo menos posible. Seguimos a los ojos para lograr un buen ambiente. ¿Los intoxicados aparentan sus edades? Al acecho, retumban unos viejos con unas lombrices de sebo entre las manos.

Los presidiarios juzgan las causas de sus jueces y los sacerdotes se acomodan al claroscuro de los pretextos. El que guarda las porras se destaca por su alta escolaridad. Los monaguillos juegan con sus penes mientras un coro de ángeles administra su victoria.

Debajo de las hierbas se ocultan piezas que matan para dar vida. Se trata de telas que han naufragado arrastradas por grandes pesos. En los senderos de innumerables apartados se disipan las licencias y se ocasionan daños a las manchas de los sombreros. ¿Lo que abrasa cesa en la memoria? ¿El cuarto y su poder se alechuzan con los efluvios del descuido? Una sospecha comienza a flagelarse; las hostilidades se olORIZAN frente a las sardinas sin cicatrices; unos secuaces se oponen a los introitos de la muerte y terminan siendo devorados por las maniobras de las jícaras.

Alguien movía el fuelle de las aversiones de los omentos. Entonces ondeaba en el aire de mosaicos una agonía de vapor y lámpara. Solo se dolían las sumas de los exvotos colgados encima de los bronces de una mentira. Los sellos estaban —¿o eran?— malditos y la lentitud suave de un paraíso no los alteraba. ¿La noche aladaña poseía buhardilla o decorado sin fijeza o crisol para acrecer los triángulos?

El exceso de cabrios encharcaba las tierras y dentro de las encaladuras se inflamaban unas pasiones que debían ser sujetadas al tráfico de las amarras. También se entendían los jadeos con los limos socorridos por metales. Los mendigos traían unas bolsas que morían al poco tiempo de consunción.

Ocurrían dos veces los sucesos de la misma índole, arcabuceados o

trompeteados por los complementarios de la lengua y del azar. Habría habido alguna tarde de oro si las rejas se hubieran apartado a tiempo de los envites que las combaron. En temas de encandilamientos y fermentaciones los guarismos alcanzaban niveles de metafísica e intrepidez. Jadear dentro de cubiletes estaba permitido hasta ciertas horas de la mañana, siempre y cuando no hubiera desprendimientos de las señales que halaban los calzados de los hombres de pupilas torcidas. Las artimañas se dejaban rastrear y a las mojigangas se les sacaba el máximo provecho. (Pegadas a las cartas se extraviaban esquemas de pezones, orejas y aparatos que rumiaban). El adiós de las miradas, ¿fue lícito, sin clase?

La singularidad del almagre propugnaba una mecánica, de las vuestras y ninguna de las prominencias obturó el paso de los testimonios del sur, tan caros a nuestros afanes. Los capullos se sentían perseguidos y no era muy difícil indagar por qué. En la malla de la red solían caer alegorías del queso, ojos de buey y otros adornos para agujerear las bóvedas. ¿Acaso las bocas abiertas esperaban hazañas de mandarinas? Entre los dedos y las plantas sembradas empezó a crecer un estribo con órbita en el fondo.

## XIII

Onanismo por derivación y por impresión en los olfatos. Si aullamos encontraremos la morada del olisqueo. En las riberas de los ríos los efluvios se aficionan al retorcimiento de los músculos. Desde los orificios de la nariz hasta el ombligo siempre omiso se derroca una ubicuidad de miedo. El mismo impudor alborotando su vino.

Ejercicios de la aguja y la tachuela en el centro del perfil. Los residuos del humo acompañan a la estocada en su ataque contra los frutos. Por de pronto, los husos se ahuecan y rápido pasan de moda. Irrisión hacia la profecía de los relieves. El gerundio arrebatando por el suelo y del subjuntivo tengamos lo que se mueve. ¿Decía nervioso?

El deseo dota de una mosca exuberante que salta y revolotea encima de la frente. Por añadidura, se invierte la frontera entre lo caduco y lo profano. Unos vientos iban dulces y se anticipaban al fallecimiento del predicador. Un líquido tomó terreno delante de la esperanza del gnóstico. Flauta y dos conejos en el itinerario del invulnerable.

El combate introdujo la ofrenda dentro del candil y la llama ganó la intrusión en el otoño que se alteraba poco. ¿Temporada de enredos y de referencias al patente lugar? ¡Yesca, pequeño mal de la fertilidad! La memoria se lastima con descomposiciones del mundo. El mosquito se resbala en la ensalada después de haber servido de peón. Desde los huecos una sinfonía de hocicos aceran la audición y logran enfermar a los voluntarios de la diversión. (De paja crece lo recién nacido en medio de la veneración de las iguanas). El que ha llegado a la edad de nombradía muestra su oficio en las uñas.

Se extirpa el agua y se inicia la rabia. El simplismo gana suficientes adeptos allende las barriadas. Todas las enfermedades se tornan menos esquivas y los hombres inacabados salen a templar heladuras. Ha de hacinarse la gravilla y el canto del funeral. Las viseras facilitan su rotación: burbujas infames entre el espesor de los ruidos. ¿Y si repiten el guiso de gorgojos? ¿Cuál será el extremo del hilo? ¿Su básico proceder?

Redecillas de la vida holgazana. Sonoridades en el uso de las ruedas. Cargas y tosquedades. Amasijo de espíritus en campaña. Células asesinadas, encarceladas, troceadas... Variaciones en las fases de la bajura. Garbanzo más blanco que una trampa. ¿Palabrotas? ¿Palabritas? Groserías de ganchete y fruncimientos de los apáticos. La anatomía se incomoda de desidia. ¿Se volteó la comparsa y sus nudos? ¿La polvareda que centellea con el bastidor inmundo y el resto del

basilisco? ¿Refino impedido?

La máquina de florear, al fin, flipa. El dictamen es por el oro. ¿Alguien lo dudaba? Imitación del calendario con piropos, natas y cursilerías. Justicia para el jabón, hablando de lo mohoso. El rasgo más aparente es el mejor formado. Los cármenes del litoral se enaltecen de petunias hediondas a escamas. Por esos lugares, los fantasmas saben de baladronadas y coleccionan espuelas para los gallos del agua. Los fanales confían en sus famas y se aplican al estallido de sus luces por debajo de lo negro más bajo.

El errabundo ha descubierto las tablas y las cree immaculadas y estampas le dedica. Esos hombres atraen la actividad solar y se derrumban y se les alojan cangrejos en el pecho. ¡La zoofilia es un sueño que se prolonga, a veces, en vano! Partículas que en mirándolas se desvanecen o, de súbito, se agrandan y buscan pelea. Es más favorable haber nacido con una resistencia negativa y un vacío en el esternón. Al expeler un eructo se piensa en los hombres ilustres de la patria. Vamos a desear tan solo una anchura para poner los pies y despabilarse y sobresalir manejando con destreza la botella de licor y separar los ejes inerciales para que adquieran cinetismo y con el demostrativo de la tardanza quedarse dormido por siglos y siglos.

## XIV

Abundante en ranas retozaba en su espacio exterior y luego le quitaron la vida y lo dejaron frondoso, con todas las acepciones. Un gran agotamiento se notó en las maderas. Diariamente se deshilachaban, con viento abierto o cerrado, con aroma de olibano o perfume de contienda. (En un rincón un pollito se freía como naturaleza muerta). Se encontró un sigilo más distante procedente de lo extraño suspenso y chispas.

Para favorecer a la retama procede un tinte melindroso y un modo de andar signado por la pompa. Entre las mordazas ensaya un mirto para ir alcanzando el tumor del cotorreo. El rey de las chinches tiende su jardín sin violar las reglas de urbanidad. De señales y de resquicios se confina para asegurarse el puente de las tonalidades.

Se unen las partes de la pústula tras los utensilios caseros. En primera rueda un engranaje que talla piedras y abrumba los mazos de albañil. El que come tierra será benévolo con la geografía y cortés, sin pertenecer al gremio de los estremecidos.

¿Qué pasa si flota en el éter el cadáver del enamorado de una niña? Se atrasan las gestas o se superan las mofas. Incluso pueden llegar a rielar los cristales y sus tersuras. ¿Aldabonazo ulterior sobre la suma del ajedrez? Quizás y escurrimiento feliz.

Un buen trecho y las manos en recomendación y lo deiforme se le sale por los ojos y se pone en marcha sobre la corriente que no conoce actualidad. Se bendice la mesa y las pieles y las semillas de uva se tumban para admitir su perdurabilidad. Entre sonrisas o haciendo muecas se pierde la gracia y el dominio sobre las cosas duele y cuánto.

Una tutela en crecimiento, un disparate, la señal, triste, del viajero, el pretexto para disfrazarse, el proyectil que da contra la casa sin consistencia. Se sombrea las líneas del mediocre y escapa el hundimiento de su cabello. Varias mariposas cagan los pinceles y nadie se aflige ni por asomo. Fuera de la vivienda, ¿habrá una curva tildada de peligrosa? Un reloj destroza su volante y un pilluelo arruina el único chubasco al alcance de todos. Parcialmente, el verdugo adopta una apariencia lúgubre. Las palabras de las sirvientas caen en cuencos ajenos. Marca de contraste, víspera del martilleo. Semestre en la equidistancia y un progenitor común. ¿Quién merece la ajorca?

Resulta que la almeja fue robada por ser redonda y saludable y audazmente erótica. Ni hablar de volver a la rutina. Muy caro costaría y los huesos no están

para chistes. De servicio, el rastrillo empluma su corral y la armonía, empollada mezclanza, se gasta y no da cobijo. Dirigida al cielo se lanza una provocación y de allá devuelven un relámpago y una insolación. A los talones de uno hay que cuidarlos con hidalguía.

(Me hice una espiral y ¡ejem! la jaqueca que traía se deslizó más abajo. Solo conmigo mismo me herí de un tamaño gigante y convine en fundar un criadero de garzas a orillas de la autopista y pescar resfriados al por mayor y heredar espinas para coser tertulias con las pocas mujeres que me trataban aún. Me aficioné a los circuitos donde se acoplaban los toros y lancé pelotas en curva que rebasaron lo irremediable. Partí, largo, hacia los dominios de la aventura y le di forma de gancho a una ciudad que se me anticipaba sin aviso. Crucé de un salto el ululato del tren que marchaba hacia la oxidación y el declive. La mayoría de los estratos de la hojarasca pasaron por mis dedos y enarqué las cejas para amoldarlas a sus cometidos. ¿Cómo olvidar la secreción dulce de ciertas plantas que se ubicaban como amas de la casa? El lúpulo causó una conmoción en mi garganta durante un atardecer veraz que abrigaba esperanzas de ambrosía e insectos. ¿Las tuercas con salientes estuvieron junto al abecedario y al vuelo torpe de los pichones que se partieron al despegar? ¿Hubo frutos secos arqueados?)







Fotografías: Wilfredo Carrizales

## XV

Bufón sabroso provisto de cremalleras, con el cráneo grabado en cinc y que vuela con mil pies centrados en la puntería. La estridencia se escuchaba en el cielo o en el paraíso. Los rayos, críticos implacables, hacían saber su malestar en zigzag.

El bruto ladra y me arranca una guiñada. Tiene derecho de acorralamiento y una bandera amarilla que usa sin discreción. En años venideros, daré alaridos para recordar nuestros encuentros. ¿Será flor de una hora su amistad? Su hija más joven semeja un cuclillo y es sensacional su trino en la yunta de lo ocre con la fiebre del bostezo.

Antes de morir compraré un clavo de tres pulgadas de largo y lo tensaré hasta el infinito; entoldaré las posesiones perdidas de mis abuelos; llamaré a las bestias de terracota y certificaré que quedan libres hasta lo inevitable; renegaré de los territorios del espanto y la persecución; examinaré las tejas que tengan malas relaciones con las lluvias, los gatos y los fantasmas; finalizaré la tirantez entre mi cuerpo y mi espíritu...

Mi chiquillo avanza tejido de esponja por la zona donde nacen los húmeros de las aves. Con su tela de toalla seca el sarpullido de las estaciones. Malhumorado o disgustado, a destajo, abigarra las pruebas de las escrituras para el homenaje a los ancestros. En lo más reñido de la pelea, pregunta ¿y qué pasó?, ¿y qué más? y el que lo ataja, atento le regala sus alhajas y le habla en un castellano signado por la teofanía.

Aquella que hacía estuches oraba y reconocía las mercedes recibidas. Bajo su cobertizo, subsecuentemente, tenía visiones de alcaravanes que atravesaban cielos filiformes, amenazados de partos y brusquedades. Ella levantaba el índice y censuraba severa. Al punto, se ablandaba la atmósfera y rebosaba de buena vecindad.

En un charco, a las estrellas les sobraban espectadores. En las esquinas, se insinuaban desoves. En las grietas, se retorcián las máculas de los soliloquios. Entre las oscuridades, un compañero del zumbido fundamentaba su destino. Algunas cuantas cigarras estridulaban con el rigor de cada intervalo. Iluminado por un sol enfermo, el emplazamiento de los astrágalos oscilaba e inducía a la vagancia y a la resequedad.

Los metales insurrectos desistían del otro tiempo que fue y transmutó. Hubo en el ínterin un buscador de mascadas de tabaco, sencillo y calmado. Lo quejumbroso era inaceptable: ni el cuaderno del alba lo toleraba. De lado a lado del mun-

do presentido se exageraban los esfuerzos de los cirros o de las trincheras maquilladas por caracoles.

Resoplaban los parásitos al término de la encomienda. Los pies establecían vedas y los que se equivocaban pateaban los oropeles y así inventaban escorzos. En cuanto a nosotros, éramos tan pocos que ni podíamos guardar los abanicos y merodeábamos por el vecindario estorbando con disparates. De una vez por todas, se rompió la palangana.

Astutamente, el árbitro del fingimiento empobrece su aguatinta y sanciona el surgimiento del desespero. En los arcos aparecen cortezas de bares extintos, donde solían solazarse los beodos hasta las causas de sus botellas. Los antiguos matadores se raspaban con las certezas que fenecían. En cadena, las mordacidades testimonian la inútil charada de los difuntos. ¿Ya se astillaban por esa época las porcelanas de las niñas? ¿Reírse entre dientes ayudará al mal de amores? Contra el broche, un cicerone.

Muge la añoranza, pegada a su linimento y las señales del lubricador atrasan los relojes, los buses y el desafío de las mermeladas. La casualidad se ha vuelto sospechosa. Los ácaros emparejan mal el asunto y ninguna jovencita logra apreciar los pucheros. Confundidas, lloran las cebollas; se humedecen los maniqués; se aletargan los lunes al amonedar a los locos. (Los estribillos ovulan para evitar las fatigas y la paranoia).

## XVI

Caía el aroma de la albahaca en mi boca y el temblor de la miel y su vulva aguardando la señal para involucrarse en el festín. El hojaldre de la vida era consumido entre alborozos. Del bulbo de la suspensa leche manaban las entrañas de un pajarito.

Desnudo, con la perspicacia que da la piel en su vértigo de sabueso, tomaba el sol mostrando las sombrillas de las medusas y sus huevos fecundados en remotas eras. El que quería desplazarme se deslizaba, a hurtadillas, por la arena. Simplemente estiraba una mano y lo halaba por las orejas. Huía con sus pies pequeños y su espalda roída. Mis carcajadas se entretejían con la espuma y facilitaban mi trashumancia posterior.

De piña encantada lograba mi sitio en medio de peñascales. No me juntaba con el azogue ni con la agria córnea. Me fascinaba cavar en las viñas y revolverme, en calidad de rebelde, dentro del barro que convenía a mi atención. Rosas y tirsos anunciaban una liturgia que se esparcía acullá y yo protagonizaba una derrota o una audacia de rústico.

Al correr el agua sobre mis pies se igualaban los terrenos y las ratas de campo fácilmente robaban los hongos y los buñuelos. El rocío cuchicheaba sobre cualquier obstáculo y daba firmeza a los robles y a sus ínclitos carbonatos. Las diversas estaciones orbitaban encima de mi cabeza y mis ojos ascendían y descendían sin alternar. El sonido de los cascos de los falsos caballos se perdía muy pronto tras la relatividad del estupor.

Hubo inacabados momentos cuando las ecuaciones se volcaron dentro de las tabernas. ¡Ah, satisfacciones transparentes, tiros de gracia y espejismos! Quien tomó de más apaciguó el dolor de sus órganos y el sedimento de su violencia. Después, en ningún tiempo ni espacio, las cerraduras volvieron a ser las mismas. Los pedales se beneficiaron de las cercanías de las velocidades y los espejuelos se embebieron en los colores menos neutrales. Un ansia de bajo tenor se incorporó al aparato que conmutaba.

Tras el triunfo del parto de mi concubina desordené la habitación para evitar la abundancia de morfemas y demás signos luminosos que determinaban el guateque. Mi rostro se tornó permeable a la oscuridad y a los balbuceos del infante. Rompí la hiedra que trepaba ya por la ventana y el agente de la ternura enmudeció y cambió de horario.

Gané reputación en sensualidad y regularmente me tendía a vincular los cabos que aún permanecían sueltos. Los músculos se constelaron y se volvieron

serpentinatas. (Afuera, saltando de una rama a la otra, un carnívoro desafiaba mi autoridad y, de paso, me negaba). Descubrí conjuras debajo de la cama y me deshice de mis zapatillas y del pijama. Para mi aseo personal adquirí un sextante y jugo de limón.

De pelaje suave y corto apareció un felino de liberación que se alimentaba de higos. Le procuré dos mujeres, una inquietud humana y un milagro en el jardín. De madrugada levaba anclas y visitaba una escuela de sirenas. Le comencé a llamar Seamy y me segaba los ojos. Perpetuamente me esforcé por complacerlo. Me distinguía con un resoplido del pecho y yo me acodaba a mi sifón. Todo dio pie a que lo crucificara sin cruces. Los astros errados influyeron en su hado y ahora entono esa pulsión.

El tegumento de los enredos no admitía preposiciones ni letras de transición. Cuestión delicada parecida a una reliquia, pero con mayor amplitud y capacidad de mimetizarse. ¿Las nubecillas tendrían aptitud para sostener los arquitectos? Los largueros de las escaleras producían visiones y una comezón en las palmas de las manos. Las joyas montadas sobre sus alambres temblequeaban y lanzaban hacia el exterior un impulso de ayunos para la secularización. Temprano, la pequeña resistente se curtía los dedos del pie mientras sostenía un cigarro con una tenaza.

## XVII

En alguna parte, salto mortal, por ejemplo. Maderamen en todo momento y gaveta para guardar los enlaces o las corbatas de las pependencias. Causas que dan lugar al encorvamiento de los cogotes, aquellos que se adhieren al crecimiento de antaño.

Los libros de homenaje deben atarse con camal para que no corcoveen y para que las páginas no abandonen las cercanías de los ojos ni de ninguna otra mixtura visual. Ahí se nombran las visitas a las murallas en días callosos, con las rodillas con ordenanzas y los calzados inútilmente descuadrados.

Ciudades invisibles, que no invencibles, erigieron nuestros ancestros, entre ausencias y muchos retardos y no faltaron pedestales que luego sucumbieron bajo tierra. Los jefes recurrían a un poderoso timbre de voz para juntar a los de su misma especie y enredarse en conciliábulos y demás perrerías al uso.

Las velocidades de marchas estaban supeditadas al viento y al rumbo de las anclas y tratándose de caballerías, las transformaciones se administraban bajo los árboles donde se cobijaban aves de plumaje oscuro y patas en espigas. ¿Quiénes guardaban la ropa sucia si viraban los acontecimientos y había pareceres contrarios? Los sirvientes de piel de camaleón que conocían de palancas, fustes y estrellas y que en medio del más extremo calor sacaban a relucir unas agujas retiradas del estaño.

Después se pensó en la posibilidad de levantar colosos, cuyas cabezas debían estar dirigidas hacia las Aguas Celestes, a fin de propiciar lluvias que bordaran hierbas sobre los terrenos y para que éstos adquirieran colorantes dotados de pactos con las urnas cinerarias.

En los equinoccios abundaban los dientes rotos, las llamas espontáneas, los espejos sin sensibilidad y los retratos calcados sobre barro. Hubo comediantes que exageraban los chismes y cuyas cabelleras exhalaban gases y que sensualmente describían las escenas de mujeres gordas retozando en los estanques, mientras los vínculos se ponían en orden y se traducían las prohibiciones de otras comarcas.

Las comidas se servían entre aspavientos y abundaba el tráfico de especias y la disciplina era relajada y nadie aplazaba la hora de atragantarse. De rayas, solía aparecer una incandescencia y cundía el miedo, mas siempre era momentáneo y no provocaba huidas ni deserciones. No todo se apuntaba y así quedaban sucesos sueltos que no entraban en los registros y esto motivaba un particular vacío en las secuencias.

Se estiraban al máximo las relaciones y se usaban fórmulas para ocultar todavía más los enigmas y abundantes ornamentos tremolaban como forma de atraer la atención de propios y extraños y era maravilla ver cómo resaltaban los estiques y los zurradores de cuero se abultaban las cabezas hasta adquirir figuras de tornillos.

Sales explotaban y fulminaban a los niños aquejados de tontería y la muerte de esos infantes cohesionaba por momentos a la comunidad y durante pocas noches se rememoraban los luctuosos sucesos y se repartía arroz cocido con azúcar de caña y a la tierra que se pisaba se la sometía al fuego para que mudara su textura y viniera pronto el olvido y se invirtiera la resequedad y se demostrara la virtud de las fuerzas ocultas en los resquicios y rincones y las manos ya desasidas aplaudían para regular un nuevo ciclo.

Giraban los cipreses y prorrumpía la paz y los dioses se volvían hombres y conversaban de ocios y negocios y entraban en raptó al no más oler las monedas de cobre y luego prosaban sobre pizarras y dejaban ambiguas adulaciones para granjearse favores.



## XVIII

Molduras sobre la artesa donde se mueve el agua en un eje vertical y se consagran las leñas elementales movidas por un sueño de fuego y pulmón. Burbujas que cumplen el principio del ocaso en la supresión del pardusco sonido. Nudos arrojados de sus vástagos y que caen encima de marcos de ventanas para reducir las aflicciones. Palabreo en que estriba la defensa de los objetos del ahorcado. Día tras día se laxan las cantidades quebradizas y una disyuntiva fluye hacia un estuario, suave, dócilmente.

Quejas de las ráfagas en la esplendencia que corta con el hábito de una mosca serpiente. De escasa edad, el abuelo chilla bajo el tajo de hielo y posteriormente se desposa en un huerto que dimite. Parte la albura tras la insistencia del frío. Lo que refringe rebate las cicatrices de la grúa; se encharcan las huellas en un acto involuntario. Sobreviene un sujeto venerado en las pilas y la derrota se formula ociosa.

Unas cucharas o unos timones omiten sus gustos con la intención de preservar el linaje de la metalurgia. Hay un tiempo para ahuyentar los fanatismos y no se mendiga. Los mecanismos de la suciedad roen las bebidas compuestas. De la corteza al alcohol se irisan las cuestiones del bien público. Una lisonja incide sobre la temperatura de la hiedra en casi todas las circunstancias de su devenir.

En la toponimia un aguamiel despeja la fe de los pólipos. Hidrargirismo razonado en las corrientes del cuerpo chupadas por medusas y asexuados virus. ¿Qué desea el que vive de acento o cárcel o piélagos? ¿Cómo duerme cuando llueve sin desleírse? ¿Dónde, ágilmente, ayuna con la planta que acaricié? Su convoy avanza enfermo y todavía no hizo nada ni se dio por aludido. Y lo demás, ¿es súplica? ¿Reuma aquietada? ¡Bah!

«¡Llévame!», le dije al enemigo en su jornada y no averiguó y tampoco formó diptongo. Débiles, se arrumbaron los pentagramas, pero las maneras de la quiromancia nos salvaron a todos. Nos diferenciamos en grafías y manías, en violas y oquedades. Terminé con mi ábside dentro de un cubo e inmerso fui semilla, brasa y despojo. Conviví junto a las rayitas inclinadas y abundé en turbas y turbiones. ¿Lodo? Alrededor.

Se exceptuaron las búsquedas, su divagar asertivo. Buscaba vuscos o vulvarias. Encontré solo bucéfalos. Un tal hermano me aconsejó un ramo de rosas. Díjele: «¡No me sobra orfandad!» y él se marchó obtuso, indistinto en su honradez.

Circunnavegué con las emes y me propulsé anfibio en mi desplante, sabien-

do que ganaba un cantar no aprendido. El coñac me tornó dígrafo y me establecí en una pared, medianera, propiamente dicha. Desde allí observaba una bahía donde los héroes hedían a hienas. Corté yerbas y yedras y aprendí fugaz cerrajería. Luego vino la era de las pajas rojizas y torné al camino que me empleaba afuera.

Finalizaría cayendo el azimut sobre los quioscos de los halcones de zinc y surgiría ulteriormente una pirotecnia: liturgia del crujimiento. Se connotarían los porrones en la innegable de las satrapías. «Han de oírme», anunció un sordo y el resto de sus congéneres estallaron en carcajadas y befas. Estaba solo y lo ignoraba. Quince mil bellacos lo atacaron y no dejaron de él ni el verbo. Fue un perfeccionamiento espiritual.

Más completa resultó ser la fatiga de los astros y el capricho de un tren que se afantasmaba en la espesura. Obligaban los sitios a reanudar las costumbres, aunque el hambre con ellas viniera. Las playas comenzaron a recorrerse en veinte minutos y únicamente adversaban los locos con alas. Hubiere sido preciso peones que jadearan, machos que se cansaran sin hablar, desamparados semejantes a troncos fundidos... Los abrazos llegaron por correo y encerraban voces de unos periodos ominosos. Con todo, al mundo se le fue leyendo y, entre una pausa y otra, el silabeo se hacía notar, fiel.

## XIX

Cabrá la zarabanda en el botín del usurero. Vaso de whisky sobre un cuaderno pasado de azul. Vicisitudes del agua regia en los mimos del asesino. Como por costumbre, la madera hueca se convierte en tambor para personificar la victoria sobre los santos. ¿Mañana tendremos una vista del atolón o habrá que esperar hasta el reinado de lo vespéral? Las islas misteriosas continúan al garete y de gracia se desprenden las golondrinas. Mortalmente iluso un marino se agolpa a su elevada criatura.

Gárgaro en las crónicas de la casa que se agazapa. Hibernamos tras los arbustos rosáceos y el humo de las raíces nos hacía reír. Nos igualamos a las iguanas que devoraban niños y fuimos célebres de estación en estación. Nos persuadimos para admitir los epigramas de las momias. Los kimonos se aliaron como banderas.

Próximos a los bordes, los ladrillos se escaraban en el orbital de las imágenes. Se maceraron los enamorados dentro de la pulpa de las mariposas diurnas. El suelo del escorpión se hizo irrito y adquirió un apodo de mácula. El reciente que había nacido por azar y emergencia solicitó una jarra occidua y de buena alternancia. El fruto de las claraboyas fue pagadero a largo plazo. Quebrado, no pudo movilizarse el rebuscador de tempestades.

Los adioses, mantos para vegetar en la intemperie, se diagraman bajo el estímulo de los condenados. La ubicuidad de la sangre triunfa sobre los cachorros de la ira y la varicela se desvive por sus ángulos y logra picar a los flojos en las plazas. Insurgen los reduvios con una distancia que es un reto para quien nidifique dos veces.

Enviado a través de la modalidad del mal, el cuchillo daña los secretos de tocador. Rueda la sonaja, pero también gira el instrumento de la razón. Llamada de una noche, la venganza del amoniaco hace estragos en los beodos. Los dolientes se enrumban con la doctrina zampada en el costillar. Donde tuvo lugar la aguantadura surgirá un plomo liso como un hocico de buitre.

Se refleja en el aire la abundancia de las cosas y las ampollas inundan con su fantasía. De ondas, el gato se excede; de vapores, se regaña el exilio de los serios. Muchos cumplimientos se externan y asimismo la eternidad se trastorna, arroyo perdido en la etología del fuelle. El alambre gana crédito y se fusila. Lo imitan el autor de la nebulosa y un galán de capa roída. ¡Impudicia que prima sobre su vidrio ordinario!

El que se viste de botarga chupa las cadenas del oprobio ajeno y pellizca un

bálsamo que prolonga su pendencia. Vigilias y silencios de anillos; grimas, callos, brevas del espanto. Los pechos sudan y suben y se disputan los almendrucos, obra posterior y ausente en los mercados. Bimestrales, caducan los coronados inciertos. ¿En los bosques, debajo de las laderas, dentro de los fermentos? Felices quienes no dan con la respuesta.

Donde se retienen las vasijas ocurren los mayores desaciertos. Las entrañas de los monjes exudan un látex cuasi perverso. El pánico aporta tormentas y lechuzas en vuelo y cajas que meten miedo. Llantean las figuras marengas y se les libera el aceite. De ese jaez rumian los pajareros sentados en el cubil de los desechos. Leuda, a media mañana, el pelaje de los herreros y luego les sobra muermo y un palmo de golpe frío.

Rampante vieron a la mujer del cazador. Aparentaba más años y una ligereza fluvial. Rapaces, la espiaban los polígrafos de la zona. La deseaban de luna y cabellera de radón. Sólo obtuvieron de ella un salto feroz y un relámpago de dolor.

Según se sedimenta el atuendo, el boato tiende a deslucir y las bocas se tuercen y empezamos a colindar con las criptas y nos encorchamos para despejar las abejas y profanarles el zumo destinado a la reina de los agujones en agraz.





Fotografías: Wilfredo Carrizales

## XX

Que se tejan las traviesas y que se vengan abajo los espacios donde logran sus coloquios los perros. Entre el cerrojo y la cesantía. Más acá de la sangre que se doma. Se embriaga el maestro que da puntapiés a las manzanas. El pan que se opone a sus hojas y la exquisita tarde recordada en su gimnasia. Abundancia de reliquias tras el bosquejo de los meteoros. ¿Ausentes los bienes invadidos, eflorados en el criterio?

Flejes en neta fragancia; venas estiradas hasta el máximo de la cuerda; desinencias y pliegues. Ocasiono la mano y el tacto al pecho. Su peculiaridad de agente de la hendidura. Los gusanos juzgan su conciencia a un extremo de los turroneos de forraje y cal. Con las infidelidades del caserío se degustan los dogmas de los caminos.

Un pretexto ayuda al exilio, a la pugna del peregrino. Bulbos cavados en la delirancia del espanto. Delgadez que es notoria cuando trastorna la fiesta del zapatero. Y así las delicias se delinean en versos e inocencia. En demasía me abrumba el país que se rasga y nada me deja. Me revelo en la maldad de la anti-gualla, por pura necesidad. Llevo a la espalda un título, ancho y ralo, destinado a la repulsión de las adarajas y las cancelas. ¿De letargo entraré en mi morada con la erosión del firmamento que apenas me toca? ¿De acumulación temperaré envuelto en el manto que designa negruras?

Sobrevivo con las plantas de los pies arborecidas, empujadas por las dunas que causa la ilusión. Moldeo caprichos, arduos suelos, radiaciones de la corona del viento. De suerte me desuello y aparto la armadura. Luto por luto. La llama se aviva con el disgusto del pabito. Del espectro se arrancan las pestañas para restaurar la perfidia. De un sitio, con libranza, se rebajan las taras y se igualan los pulsos de la doctrina. ¿Lenguas del gallo en la recogida de los gases? ¿Trabazones, trenzas, tramoyas? Pierde el vidrio con todas sus variantes y sus efectos que rompen las ternillas y el carbono sucio de las matrices. Después del cilindro, la horqueta aloja su treno.

En cada uno de los tacos, el pobre lame su chocolate. Fuera de las paredes, los intervalos de los remaches, sucediendo día tras mes. Otra diadema se derrumba en el gráfico de los símbolos de la usura. La relación de la simetría disloca los huesos que ensombrecen la reflexión. Crías y dramas para los hijos naturales. ¿El mirón busca su tónico en la retaguardia de la virulencia? No hay que olvidar los diedros en la calzada ni el susto de las bielas en las cifras del diecisiete. ¿Quién da la pauta? ¿El dictador?

Secuencia de los difuntos atravesando los caudales de oropel. Con los labios sellados internan sus nombres en la comedia de la retribución. Lo que se esparce por todas partes —¿favorable ronza!—, magnifica el canuto donde se pegan los fieles. Pendientes del cuello, los caracteres alumbran los segundos entre semejanzas. Poco preciso el dignatario en su atributo de pupilas. ¿Dónde o adónde calificamos los efectos de lo copioso, si la esfera apenas se admira? ¿Hubo habido persona en el desparpajo de la observancia? ¿Discente? ¿Extraviado? ¿Locuaz de óptica ajena? ¿A priori corporado?

Pronto se libran los tientos, los disparates y las postrimerías. Alguien dice: ¡sépalolo! y el cáliz se desborda, sapiente, florido. Episodio que se espacia y alterna con el continente que gira en torno a sí mismo. Siendo esmalte, deriva en flaco afilador o esmeril de gancho a cabalidad. Del procedimiento, lema y consigna. Euritmia en la admitancia. Hacia allá la tardanza de lo físico en su borde curvo. En trance y daño de una espada que no perfora. Muerte por el conducto y aun lo que era y jamás devendrá. Regio el brillo y una palmada detrás de la cruz que se ahueca y suelta sus lajas con avilantez y mancha a los canarios, que por azar, cantan sobre las cuñas.



## XXI

Una loba entre las gavillas del anaquel. Los contornos toman formas de suelas de zapatos. Ojos que penetran en las apariciones. Mudan las conchas y un detective aniquila los dramas en declive. En rama, una neurosis. Sobre las cabezas, el ruido de las estacadas. ¿Le saca punta la garrapata a su puñal? En mal estado, los tréboles no alcanzan los sotos. A las seis en punto y una voz sin esfuerzo. La cerveza no participó en la rebatiña. Un marinero viejo se colocó en un ángulo y se le marchitó el anzuelo.

Lejos y cerca. Sería un hombre de patas cortas y cuerpo alargado. Especie de caracol utilizado en los bastiones de las murallas. Res sin acuario, reanimado y lujurioso. Hasta que yo sepa, hasta la distancia, ni mucho menos. Del otro lado, los sin colmillos, los que proceden de ningún punto... De improviso, ¿se romperá el ayuno?, ¿la fecha del exceso? Girándula, girándula. Picoteo sobre la progenie y un espíritu a la ventura.

Julio traquetea desde junio y quedan al descubierto las canillas y bajan las gatas con los ojos amoratados. A la altura del sol se echa el cerrojo y debajo de un puente surge un clamor malsano. ¿Cómo es eso? Hasta donde se sabe algo se complace en la sordidez. ¿Dos muertos que en el mundo, desabridos, póstumamente? Al extremo sur, recordatorios y bombas. Quien reluce en los intervalos semeja una araña o una especie de asta. La murga hereda una estela sobre la veranda del juramento bermejo y pálido.

El algo que se cuaja, que se vuelve pan de azúcar y acíbar. Cursor que genera sacramentos para custodiar al preso y hacerlo alternar en las diligencias de los espárragos. ¿Sino finito y curvo, euclideano y hormigueando sobre el lastre de las ollas autorizadas? El magma se enaltece con sus relaciones espaciales y fotográficas, pero las melladuras buscan lo oclusivo para cargar la pesadumbre. Varios troncos construyen sus momentos al margen de la anatomía de los asesinatos y aportan a los patios descuidados los columpios que estilizan los ajuares y las figuras que los preconizan.

Desenvainamos y saboreamos las vísceras de los zoilos. La hegemonía se vivencia a través de la ruta donde se construyen escorpiones y pioneros de la ecología. De la costa adversa se subleva una pared: primacía de las pinzas y de los insectos malófagos, liberales y completados en la flojedad. El carácter intimista del pandero asedia al jíbaro en su glicerina adquirida en puerto de enfriamiento. Se cultivan las palancas y se desdoblán los espeluznos. ¿Habrá adornos como quintaesencia del descreimiento?

Las granzas se fajan en los atriles y cercan a la hoz que se atrasó en la historia y en la intensa comedia. Los retratos hambreadon sus carbones para favorecer a quienes aspiraban poseer maletas con deformidades y aliños nada placenteros. Una tarde, connatural a sus plumas interinas, produjo placebos y las avutardas les insertaron rótulos de nacimiento. Quizá hubo referencias a chamizas, rosas muy resistentes y colas de espesor de máquinas que calentaban los olfatos. La inacción se alumbró con caras de matices biológicos y los sujetos de catadura venérea se entregaron al riesgo de la sedición. Para los revestimientos se recurrió a los samueles y a los expansores de rocas.

Se contrajeron los receptáculos, las familias escondidas dentro de lo silvestre y los derrocados de las cumbres hediondas a levadura. Todo era filamento, astillero y desembocadura y aun así el almidón concedió lo cotidiano y el pegoste que se derramaba. Desde el desdén los morfemas ganaron la inclusión y el madreo más agresivo y más acre de la comarca donde los bovinos no eran meros bobos.

Las sillas debieron guardarse en la plenitud de sus esquejes para que pudieran proliferar en los argumentos de los países que se volteaban por el olvido y el odio a los camafeos. Unos ganchos se treparon a sus frutos y se agraciaron, federales y guarnecidos. ¿El carburo mítico sería mencionado al menos una vez de muchas?

## XXII

El profesor va unido a su asignatura y se le adivina en su retrato descentrado. Su parte más luminosa es el adulterio que lleva como estigma de reverencia. Adelante caen las cuentas y se prolonga el perihelio del embellecimiento. ¿Serán perennes los achaques a futuro? El terreno se despeja si se consigue un altercado de abreviaturas.

Mil años para el detalle del nacimiento del agnado, libre de corrupción y épico en el renombre de su causa. Las llagas se fatigarán por las frutas en las ruedas del plenilunio. Menguante y manso se encaminará el fundador de cerdas hacia el escondite en medio de su biografía. Variados presagios encharcarán la faz del aguardentero precoz.

A los peligros de la guerra bisoña estamos todos expuestos. Nos hablarán por el olfato y nos fusilarán con las deudas trazadas sobre el pecho. A la carga irrumpirá la prosodia con sus barrotes de sonambulismo. Una enfermedad herederá a lechón y servirá como instrumento para penetrar la costra de la vivacidad. Los patriotas morirán partidos en dos. De la flor intemporal no habrá ninguna señal, ningún espurio apunte.

Se crían las ranas para estar juntas y no para prohijar batracios ajenos. Nada de desmayarse porque falta la levadura o porque estallen los imanes bajo las colchas orinadas. Hay que desechar cualquier residuo y secar las congojas al rescoldo. De perfil, se sentirán miradas que siguen el itinerario de ciudades tuertas.

Al sitio del ajedrez acuden individuos de una atmósfera en expansión, proclives a hurtar las piezas y negar el derrumbe. El que tenga rebabas se le combará el esternón hasta el primer movimiento. Después vestirá capa con flecos y pasará desapercibido entre la multitud de iguales. Pero habrá un momento en que se trabarán los botones.

Muy delgada la poza para macerar los melones. Los animales enjutos pueden inquietarse y hechizar a los viajeros. Luego se deberá calmarlos a puñaladas en los huecos de las ventanas. Quien se alimente de nueces e inmundicias pagará un impuesto de lujo, según su gusto o voluntad. Del veneno se dispondrán variaciones.

Decíase del pájaro bebiendo en su monumento que violaba la ley del entreacto menos corto. Un filósofo proclamó el magno adefesio y el resultado acabó siendo fiable para los amos del bullicio. (Aromáticos, los saldos se impusieron por comparsa y saturación de consignas). El alcohol nocturno se interpretó a cabalidad. Mientras tanto las aldabas chocaban contra los gallos viejos y alteraban para

siempre el rumbo de las horas. Unos vivos y otros moribundos se prendaron del alero del occidente.

En la salvación estaba el meollo de toda encrucijada. Las barretas servían para convertir a los relapsos en fieles crepusculares. Con la vigilancia extrema se excitaban las alumnas del colegio de monjas y el deseo se instalaba con un patrón de interinato. La próxima deidad vendrá ataviada de economía y mercado. El nuevo alfabeto no respetará orientaciones ni aletas remontables. Aun cuando haya frambuesas, la joyería surtirá efecto en los contornos de las escuelas. Desde los almacenes se les hará frente a las cuestiones de las limosnas y se abrirán debates para discutir la ruina del atlas.

El comprador se quiebra las alas para beneficiar a la prole. Su topografía deriva hacia lo arenoso, con el riesgo de inculcar fragmentos en las brechas que se imagina. Si poseyera un púlpito lo emplearía con completa pulcritud. Cuadro sano e impoluto.

Sobresalen las correrías del alojero y pronto una luisa busca su hierba y recibe al militar en el lugar del hospedaje y le da resurgimiento y peso y coraje y el uniformado la sienta sobre un cojín y le funda un trajín de cojones y maravedí y la eleva a gran altitud para que contemple las estrellas y ella encuentra su lugar y más se le ahueca para que concluya feliz la operación.

## XXIII

Honduras del agua salada en la transformación de los diques para el culto. De la invención de cualquier cuchillo se repone una derrota acaecida a fin de año. Enseñanza de las ficciones para flotar con vainas en el contrapunto de lo fundamental. De la ejecución de las cosas redunda una mortandad que no entrega equipajes. Una curvatura atrae racimos de papel y mimosas semejanzas para ajustarse las uñas.

Pegado a las faldas de la fama el ciego se acodillaba para perjudicar a un tercero. Una campana de cristal resonaba en su calidad ecuestre y quien la escuchaba acababa con las espuelas como copete. Vilipendio en las señales y bravata en la deglución y farolillo por otra parte y alternado en la pava real, guía superflua del claro de luna.

La metamorfosis ocurrió. En cierto lance el fanfarrón significó abarrotado, de tramoya. Correspondientemente lo propicio no evolucionó y el esquema solo fue un reducto, una triste presencia de un hocico de félido. Cisma y el espíritu vacuo.

Porque absorbían légamo eligieron perderse en el valle más parásito. Allí dieron inicio al recaudo de enseres y vigiliadas abiertas y bucares con banderas en flor. Prosiguieron ondas de vuelta y tranco y vuelta y atentaron contra la actualidad de las fermentaciones y además cupieron dentro del suspenso de territorios habituados al ocio.

El regreso de los chicos a su pisito. El retorno de la diaria locura. La manipulación del diccionario del suicidio. Ferrugientos, salaron sus vidas y sus muebles y astillaron los posibles gozos para labrarse un mayor empeño. Culto de los fetiches con ardor.

De los síntomas y lesiones, ¿cuáles estaban en pugna? ¿Cuántos se hicieron puente entre orillas sin tradición? En el horno se quemaban las noticias. Las mañanas despertaban, libertinas, paupérrimas. Despejados los mordientes, cual cementerios de palomas. Unos pescuezos encontraban su dialéctica, a pesar del humo fresco y rumiante.

Vale la pena agacharse, pasar obligado por debajo del arco, sofocarse hasta derivar en pasta. Amén de detalles: ecos de sangre, perjuicios en las orejas, canciones inclinadas, ángulos para volutas táctiles... Y en los agujeros de los rincones unos vendajes para heredar. El fastidio ya engorroso y el odre que no termina de gritar.

Se inaugura la actividad y se pergeña la falta que no se agranda. La elocuencia fundada en los pétalos que segregan adrenalina. De profundis. Magnificencia en la lengua que gluglutea y propala un espejo dubitativamente negro en la punta del azar. Se implan las sílabas y se conceden privilegios para desencadenar lluvias y plausibles tormentas. Y todo ello en el ínterin del ardid o en el eje acodado a su muela que defeca.

Lo que pervierte a los ídolos en la temporada de caza resiste a la basura de las cuencas. Sosteniéndose en el hoy ornamenta sus trozos para despellejar el nivel apagado de los cuerpos en reposo. Aquella marchitez, aquél tránsito de larvario. Resumen de la opacidad del fichero que regula los tegumentos y concurre. En acecho, la olvidada pubertad pretende volver por sus extraviados fueros. El flujo y el fenómeno de su estudio se enlazan en el teatro de las crónicas.

Una prostituta se ha echado al lado de un escarabajo feraz y le ha brindado una victoria rotunda, inapelable, mugiliforme. El suelo admite fragancias de ramera. El clima pasa revista y acepta el valor de la audacia. Se anuncian huevas para el desove y es la región del juego la escogida. En el claustro que no se cierra se entallece la inteligencia del sudor y su pausado color. Los poros extreman sus jugos. Mariposas auxiliares espesan el redondel de los gemidos que se integran. El ocaso se representa con un sonido de oro que se desplaza del ramo al buen tino.

## XXIV

En familia, las espumas de las olas y en las rocas, las nubes, inconsolables, combaten contra sus quimeras. La salvación de las brujas ya no es posible. Las fieras del mar se libran en la audacia. La tristeza forma una calle a lo largo de la playa. El misterio lanza una advertencia destinada a los ciegos. Lejanos huéspedes liberan a sus yeguas entre las viñas y una flor se parte en dos. Nadie menciona a los diluvios. Las madres le sacan el pecho al fuego. ¿Desde cuál esfera se le bosteza al lápiz de los rituales?

Simpatías en las fiestas de los helechos y los sibaritas. Con la fuerza de un arrebató se columpia la fragancia de la encina. Nadie se estanca en los charcos. Un viejo se yergue sobre su orgullo. Lo estacionario reparte las cartas antes de que se establezca el reposo. Ocasionalmente los vástagos eluden los vidrios ahumados y la escasez de soportes evidencia una condición que precipita los silogismos.

De las escaramuzas los sartenes ganan su futura oblicuidad. El aviso de plata humilla a la mosca de las ruedas. Quienes tienen las uñas en la predominancia espectral comen frutos de un árbol que zumba o que truena, según la interpretación de cada uno. Un zafio vivía encima del trono que no respetaba sus ondas. ¿El vuelo de la música hacía soluble al párpado del azar? A pleno sol ardía la percha del tucán y los virtuosos moderaban sus ademanes. Breves y sueltos los colmillos alteraban los procedimientos de la conjunción.

Propincuos, los núbiles se profesaban melindres y aspavientos de renta y mordacidad. En los lumbrales ocurría el asalto de los retratos. Los adversarios se afincaban en las tendencias de las caricaturas. ¿Vencerían los niños durante los días de juicio y supresión? De lleno, las llaves alternaron con las brújulas en la extensión que vertía cernadas. Los indecisos retoñaron con el rocío en su tránsito.

Destinados a los velatorios, los comediantes rondaban los testamentos para amagar con estropicios que no conocían. Para sujetar a los molinetes se irrigaban desprecios que provocaban llagas en los oídos. Generaciones de semblanzas arrastradas por lo fortuito de la cólera del primitivo en su salón.

Allá se repiten las sustancias en el hornillo. Tal vez sea la época del desove o de la evolución de las ampollas. Lllaman a curarse del sueño que crea gemelos en los cayos. ¿Dónde habrá que buscar la caja para los desfallecidos por el tabaco y la mugre? Se resiste a las infusiones para el suicidio. Los vasos se han hecho más angostos para que se hundan temprano los estímulos. ¿Y si en el mercado privan

los eclipses? ¿Cómo se encontrará la ausencia bajo los escombros del fogón? Con la ética del cementerio del desparpajo. A gatas, los sujetos enojados dirán lo hosco de su destino.

Zarandajas en las peticiones de los que brincan con los pies atados y sucios. Contingencia de los winchester sobre las bebidas perniciosas. Poner de vuelta a la campana y exiliarse tras el sonido en la penumbra o en el ocaso de mucho vuelo. De antemano, tasar la ignorancia, dividir las jornadas dentro del bochorro, despedir luces y perplejidades. Unívocamente torcer las esquinas con las frituras bajo el brazo. Ya basta de encuentros inesperados, de súplicas ligeras o elementalismos que cesan con las fallas de la rutina. (Un martillo romo y otro aguzado golpean sobre la frente de un pigmeo).

Los óvalos sufragantes giran con filamentos de caza. Notorio es que se vayan desprendiendo las mutualidades del tajamar. Llamas y llanuras en el cuadro alcanzado por la centella que deja heridas difíciles, sangraduras de las caderas y de los atisbos de las lombrices. En los kioscos el cosmos reacciona con migajas de bondad y luego juzga el efecto causado. ¿El líquido de los tejidos se extirpará hasta el nivel del cieno?







Fotografías: Wilfredo Carrizales

## XXV

La argamasa busca la fase de su historia en el fondo del cajón pelado. De un conjunto finito de azares permutamos hasta desvanecernos en el aire de los aljibes. Con prontitud, nos afiliamos a los enjambres de las aletas. Mesas bajas para obtener el café durante el periodo que contiene maitines y también hiedras que se deshidratan al menor descuido.

Persecución de los solecismos bajo los fundamentos del alboroto. Elaciones que resultan de las guarachas cuando se derrumban las huidas. Los picos van mirándolas y para nada se desentienden. Llevan sus nombres las cortezas en lo hondo de los injertos. Mañana se humaniza una raíz y un orate se encumbra con la avioneta de su pasión.

Lugar de las calles amortajadas con orquídea y un sumidero donde se frecuentan arrebatos y pasamanerías. Ser de los fardos en la brutalidad de las carencias. ¿Habrá que definir la función de las tarimas para beneficio de los asilados menores? ¿O será mejor emprender salidas con el acompañamiento de perros de paja? No son naderías ni mixturas que se entrelazan porque sí.

El itinerario del rutilio da para todo. Los vasos se atribuyen sus veracidades. Un rumbo terminado es una singularidad dentro del alfabeto de las costuras sin mar. Así se hormiguea la enfermedad de futuro y se horadan las bodegas que contienen furros y pocas tachas. Ya acaecen los estudios sobre los asesinados con trompas de impresión.

Avaros de luna, los posesos gravitan sobre sus colchones de muaré. Sus vecinos se acodan para espiarlos y solo obtienen gibas y salazones en los pies. Donde florecen las sombras se aquietan los látigos o las hondas. ¿Quién lo podrá elucidar?

Antiguamente los duques refrenaban sus sueños. Modernamente, se acuestan temprano para no sucumbir a la avalancha de hojaldres. Conviene reprimir las cartillas y los mapas con esquinas y las carpetas manchadas con los anuncios de la pleamar.

Impuras espinas en los caminos de las muertes de las islas. Retorno a las desobediencias mayores, a los cismas de las ruedas que se fundamentan en el abandono. Se intenta una conurbación en las curvas de septiembre, pero se sabe de antemano que el fracaso está grabado encima de los individuos que gozan de lo anormal.

Retornan los bárbaros con sus cartucheras del buen acomodo. Lazan a los

que gimen y los arrojan al interior de sentinas. La derrota de unos y otros está predicha, aunque nadie conoce el tiempo de la ocurrencia. Los últimos dientes apenas tendrán unos segundos para rechinar y pulverizarse.

Muchas plumas brindan amenidad en los cementerios. Cómicas lecciones se reparten a quienes las deseen. La oscuridad se las ingenia para perpetuarse. Se inflaman las alcancías en los hogares, mientras las repugnancias se tornan en ramilletes asaz estéticos.

Se domestica fácilmente a los lugareños. Se les alimenta con bazofia y omóplatos de muertos. Se solapan las melancolías, el cierzo y los estropeados hornos. (No importa que en las tráqueas reviente un aluvión de espasmos). Si hay hipos, se conservan; si sobrevienen antígenos, se amulatan tras los bienes pasajeros.

¡Que no se comprometan los hijos únicos ni las viudas paridoras! Al final, volaremos en comunidad de pareceres y se nos incluirá en las listas de los templos aladrillados. A menos que nos contagien la buba o nos masacren con el buril mudo.

## XXVI

Sobre las caderas de las enredaderas las cachuchas se balancean al paso de las brisas indecentes. Poseen un estilo propio y un cuchillo que aspavienta. Los decorados se deslizan por la general a lo largo de un condimento de capulí. Más tarde se enhebran caracoles con un ruido de piezas de bolígrafo. Rumian los signos de antaño al lado de las partículas de azogue.

Modelos de las bellotas para la cultura de los puritanos. Horizontes y desembocaduras tras el arrastre de los relámpagos. Al fuego no se le da gracias ni a los pantanos tampoco. De las colas del país se desprenden chamizas para el exilio no proclamado. Los sobrenombres se arruman con el vaivén de las generaciones. Jadeos en la continuidad de los recursos del azabache.

Un sapo funda una profecía y se salta la circunscripción de los afectos. Un culto se asevera contra el vicio de las ollas. Los vocablos no permiten prótesis bajo el sistema de inciertas coordenadas. Truenan los círculos como consecuencia de las satrapías desafortadas.

Que se admitan los sellos no significa que se acercan los estampidos. Lo estrafalario se engancha al guateque y produce un lexema para el retardado alivio. Una reguera de papel se va templando, al margen de los preceptos y las variaciones de sentido.

Reciprocidad en los rayos que se admiten sin la obligación de ser compatibles. A sabiendas, del altar se desprenden unas cenizas, tratándose de disgustos. Adelante, rajas en claro; detrás, féculas al desgaire y sin diapasón. Secados, apuntalamos múltiples motes y demás disquisiciones para perder el juicio.

Desde el código de las campanas hasta el esguince de los meteoros se amplía un armadijo de historias y lances de las vellosidades. La pereza se encharca, se vulnera el visto bueno de la angustia y resbala el utrículo en su miel de verano a priori.

Aparecieron de improviso los animales tributarios. Llegaron con sus energúmenos a cuestras y sus fardos y sus tormentos de oquedades y rapiña. La fuga en rojo con chaquetas estuvo a la orden del día. Gracias a la encarnación de los fiscales todo se resolvió.

Adiós a los domingos que no parían. Adiós a la cochambre del amasijo doctrinal. Adiós al armario rociado con alcohol. La colección de pareceres y vivaques cayó en manos del niño que menos odió. Migajas con sus temblores; entierros y oficios de la motilidad; bahías desembarcadas por rollizas y corajudas.

Se sustrajo el dolor del palacio y la harmonía mundi. Falló el amianto por poco frescor. El trabajo se restauró con su terrible máquina de admitir sobornos. El esplendor de las visitas quedó en el pasado más remoto. ¿Y la conspiración de las cigüeñas?

Hubo precursores del anonimato; chantajistas de la espesura; matraqueadores de la esperma y la levadura. Se afianzaron las mangas hasta la cintura. El contrabando mereció estudios de posgrado y soporte político. Jaqueados de noche comenzaron a renguear los hijos del acomodo.

De judías se quiso vivir. Esto dio origen a jugadores en las tinieblas. (Un pájaro negro ajustó el principio del vuelo nocturno. ¿Guácharo? Acaso). Hicieron novillos y se regocijaron en las lechadas. Lances de la cotidianidad y de lo festivo con cuello de jirafa. Materia de los sonidos que purgan, que metabolizan, que configuran. (El domador de pulgas prosiguió con sus fantasías y se salvó, requerido y contrito).

## XXVII

Ribereños con la música de los bosques y encajados en las lecciones de la mosca en su cambio. La materia da vueltas y revueltas. Un testamento se columpia imitando a una puerta que contiene. Algún encono de mercurio se derrama por la región de los retoños. Cualquier escrito gana en soledad lo que pierde en empellones.

Con el cansancio se rompen los palos y remuga una bestia atrapada entre torbellinos. Fuera del plano de los gravámenes aumentan las péndolas con la gravitación en estacas. De uno a otro intervalo se desperdicia un despertador que relumbra y admite rodadas.

En el ático se relajan las costumbres tenidas por inmutables. ¿De cuántos andantes está compuesto el senoide más escariado? Reímos, libres, porque nunca más será sábado y las noches se relamerán con dulzuras de necrópolis.

Quien extingue sus probabilidades logra un anclaje para los hilos de la espesura. Un giro en la lengua nos aproxima al malestar de las roturas. Si esquivamos el peligro, ¿la lástima machacará al caramillo del ciego? Luego de meditar sobre una quimera un error se rasga para completar el equilibrio de los nudos.

Unas maldiciones arrastraron un cúmulo de muérdagos. Celestes, se descubren cuerpos transferidos. De quite en quite se sirven los hongos que invertebran las hambres. Obsta la embestida del oro y se propala una vehemencia bajo las cabezas cortadas. La rebelión de los niños ocurre dentro del menoscabo de la distancia. Los jefes braman, simplemente, con los cuchillos perfeccionados en su paradigma.

Cantidad de los pellizcos en los tejidos de la enfermedad de ayunos y pavores con espuelas. Los grajos se hinchan tras los quicios procurando no mostrar el color de sus duelos. Llagas borrosas sobresalen en sus escondites para importunar al relevo de las faenas extintas.

Lloviznan pormenores y circunstancias sobre el corro de los atorados. Haces y maromas se congregan como piedras para los trucos. Un hombre se acosa desnudo y sentado sobre una silla. Sus pelos y señales le dan el crédito para emprender felonías.

El mutismo obtiene el fuero de hogaño. Los graduados conocen a sus parientes por imágenes superpuestas. Los tejos y los clavos han quedado para ceremonias de arrastre. De velas se imaginan las juventudes. En los techos cuelgan renacuajos potenciados en un solo acto. Aquello llamado himen se difumina en

una ilusión de mercado.

Con señales larvarias la humanidad avanza dando tropezones repetidos. ¿Cuáles bastardos se unieron para gozar de los efluvios del ajo? Huevos ruidosos en el interior de las llantas de los ilegítimos. Las putas quiebran las castidades con adivinaciones vaginales. Los cínicos aprovechan el boquete de las aguas y ganan callos en las seseras.

De las golondrinas mejor es no hablar. Ellas únicamente buscan sustituir los carmines por otras hierbas menos oclusivas. Mientras tanto sus pichones legitiman el poco hierro que se comen. ¿Les corresponderán todas las manchas en el suelo?

Soberanas aventuras transcurrieron al margen de los moradores de ciudades disipadas. Las ofrendas no tuvieron nada de heroicas, ni tampoco de los dones se sacó lustre de oferta. A las cerrazones nadie las entendía. Conjuros y rezos brotaron en los litorales. Sin embargo, al llegar las horas de las nieblas cotidianas, el precario equilibrio asumió al marrón como el color de la contingencia.



## XXVIII

Las larvas dan de mamar a las nodrizas. Son semilleros las guarderías y protegen las tuercas que regalan las monjas que no se bañan. De manera rigurosa se discrimina entre el nudismo y la numismática. Hasta ahora nada ha fallado, pero por las dudas, se entorpece el paso de ciertos especímenes.

Se cantan cuatro y media verdades mientras se llega a un acuerdo en la alberca del supermercado. ¿Quién cuidará a las niñas sexualmente precoces? La mediación vendrá de una de las amantes del ministro de salud pública. La sopa de verduras estará lista a la hora convenida. Nadie osará meterse en lo que no le conviene.

Una niebla poco diáfana deja un sabor amargo en las encías. Los estómagos piden, con urgencia, elementos de los cuales sacar provecho. Quienes viven eternamente bajo las sábanas jamás se enteran de las novedades. La sagacidad es un artículo de lujo.

Dentro de los túneles los héroes son un desastre. Una y mil cometen el mismo yerro. Sobre las paredes los reptiles se atribulan y ofician una vulgar befa. Luego se relamen los labios y una frondosidad les recorre los lomos que se les tuercen.

(En algún lugar inexistente a un tranvía se lo lleva el viento de los deseos de orín. Un pasajero grita y predica un tal «juicio final»).

Un compadre acompaña a su ahijado a comprar un lenguaje simbólico. Entre los dos hacen una pésima escogencia. Después no lograrán comunicarse por más que lo intenten.

También se derrumban los barcos en las bahías que se yerguen. De los ojos de buey brotan relieves sin tradición. Los marinos salvan sus desechos y se desgastan tratando de sacar conclusiones. Por otra parte, los cercanos peces se abultan chupando tristes hollejos. (Las algas delimitan sus líneas de flotación y pronto se desfloran).

Transcurren los letargos. Los desiertos anunciados se manifiestan primero en las madrigueras. El calor se acumula y la mugre y la roña de las deposiciones. Se tejen sequías guarnecidas por arenales en desorden. Continuamente se sajan las pieles y las cabezas de los justos. Tal es el caso y lo concreto se adelanta y se infecta.

Pacíficos desembocamos en los maíces gustosos. La casa se torna en jolgorio

y le abundan las plumas que son hojas para la templanza. Grupos de muchachas venden sus hígados y en sus carrillos se encierran rubíes para la escena carnal. Adictos todos, conquistamos los meses con paisajes escabrosos sin cristales.

Otros cuerpos viran y se agachan. Otras incidencias chocan contra los rayos de las bicicletas. Sin restricciones, los fragmentos no cesan, avanzan hacia la tempestad. En ese momento, ¿quién cría apasionados ínclitos? El que tiene lágrimas en exceso se pervierte y reunifica su lingüística.

La dilatación de los ajíes se corresponde con un aumento de las incongruencias. Se ciegan los espíritus del pan y las rosas se sienten perseguidas por los gallos ocasionales. Ofrendas y sacrificios para el nervio ocular. Películas para contemplar los fenómenos del ruido y la desazón. Lloran los ostiarios y caen de cabeza dentro del baptisterio.

De la teoría de los jarrones se derivan hormigas sonámbulas. Se promueven jugadores de cartas en los patios y los jardines. La solemnidad busca su honor y lo encuentra en la bodega con sus pactos.

## XXIX

Simultaneidad de los hongos con el dolor de las miasmas. Fuente de anzuelos en las islas más mencionadas en los cuentos. De color de lince los yacimientos segregan perfiles de plomo y venas rústicas. Uno se encumbra en su torrecilla y atisba un líquen trepando a través del arco iris. ¿Hará falta un placebo para el ramal de una cuerda?

Los sucesores del faro se infiltran en las aguas de la anoxia. Desde los pretilos se generan indigestiones previsibles. Las influencias de la hética se incrustan bajo el embrollo de los ganglios. Con flores de sal y rizomas se asimilan los instrumentos del viento. Un entusiasmo se impone y sincroniza sus instantes de certidumbre.

A merced de los títulos, los trashumantes van encima de las bonanzas. Aunque las tierras tengan vapores o causas tendidas, prosiguen su envaramiento hasta el borde de las mesetas.

Se arrojan los contrarios sus aleaciones a los rostros. Discuten sin cabos. Enarbolan metástasis como monedas de asomo. Penden las magias y saltan los lingotes de los sistemas. La clemencia fue execrada, expulsada de la utopía. Aguantamos con las tuberosas en los triclinios del olvido momentáneo.

Ofrecen los estudiantes músicas para todos los otoños, exotismos en los retores y palmas para evitar los latidos. Categorías y azotes más adelante. Arriamientos de banderas a medianoche y extensos lances del llantén. ¿Impedimentos? Ninguno.

Mitologías de la modernidad en las arquitecturas de los cuadrantes. Las sombras se van depreciando hasta hacer enloquecer a quienes se esconden bajo los tinglados. Columnas para entronizar mentiras y jaquecas. Lanzamientos que no bastan, mocedades sin requiebros, delaciones y agitaciones. Ubres que se llevan los resaltos de las inquinas.

Sobran los remos de las campanas injertos en los días ajenos. Con cartones se majan las guitarras del aspaviento. Vuelan tapices con la decadencia de las mortajas. Una colección de perfumes matiza el desgaste de los laureles. Del cénit al nadir sobresalen las braguetas de los forzados por el verde de los atajos.

Al final de la escapada los reos se ríen y los montes se sumergen en la irrisión. Del mismo cognomento se estimula el orden de los bolsillos. Vivir con las pajas sobre los hombros y mantenerse en estricta neutralidad. Por ahí se consideran las fábulas de las resinas que tienden a caducar. Trueques de infusiones

antes de que amarte el olvido.

El cogote, el capirote y la comparsa. Trinidad que bermejea. La eternidad se trasvasa al cauce de lo no acontecido. Por eso se secan las matrices o se hace acopio innecesario de virutas y lombrices. De inmediato tienta la acción del hincamiento.

Además hay que contar con un espejo traveso que reniegue de las olas y de su espuma perciforme. ¡Sufriera la canícula con el pollo en tercera! Nos bifurcamos en la inmediatez de las telarañas y aceleramos el espanto para los lustros adosados a centurias.

La mujer bigotuda limitó su libertad a los linderos de la plaza. De madrugada trinaba su canario y ella arropaba a su breve compás.

Planchita y palo de boj para llegar a conocer la evolución de los divorcios. El gran serafín se asoma por encima de su plan de evasión. Chiquita y muy blanca deviene la materia de la consagración. Los bizcochos se amargan y en los emplastos sucumben, tempranito, los orzuelos de la altivez. ¿Morir de lunares claveteados? De uñas.





Fotografías: Wilfredo Carrizales

## XXX

Hachas de la cobardía. Haches de los higos godos. De paños, suda el blancor. De cebos, la pérdida del afeite. Así trocamos las miradas en cadena y las gallardías puestas al sereno. De balde la flema se dispersa por los adoquines. Párpado reventón.

Existía el papamoscas, claro que sí y para nadie era intromisión. Los colores andaban tras sus sinfonías y el reto iba trastabillando desde cero. Un caballero interfirió a su tumor y enormes fueron las bocanadas del silencio. No hubo arbitrio ni defecaciones al uso. Todo fluyó con la esfera coronada de hierro y cuatro nubes troqueladas en mitón.

Carrete de las gracias a la deriva. Bobos y bobinas. Espacios pisoteados para barrios sin esquinas. Entradas con sus porciones para fumar y despechar. Trucos de las frutas partidas a golpes de remos. Un globo se pronuncia con una vocal que se excluye.

A quemarropa liquidan al bufón en el alero. Su talla quedó en entredicho. Un borrico vio cumplido su sueño. ¿Las testas de los chiquitos sufrieron?

Trozos y destrozos en las vecindades de la amortajada. Los narradores eran augustos y cuidaban sus céspedes. Ya recordaron sus arcos y los parapetos del desaire. También se invocó el mar de celo y las primas de los cardonales. ¿De cobalto se exaltó la fe?

Pieza a pieza abrazaron los fusiles y el fogueo tuvo un espasmo a lo antiguo. Calcetines para las ollas y un rebenque ahíto de peladuras. Mañana —tal sería— un boquituerto dirá de lo muelle del tránsito y el papa advertirá una abertura grande.

Tambores dehiscentes, apuntes de frutos secos, maderas para las lechuzas. Un arqueo y atención al devocionario. Hechos próximos a suceder; ruinas; absorbidos cohechos. Anatomías vueltas presas de imaginarios cernícalos. Irregularidades en los fardos de la explosión. ¿Alguna mujer se permea el calzón que se apabulla?

Los alcaldes nacen con el cerebro empanado. La política como prodigioso sueño. Se caldean las calaveras en su irrito oficio. ¡Ah, los combates en el baño! Los mamantes enhorquetados en las murallas del dolo. Los policías calzan zapatos de hierro. El rumor se reserva la pechada. Los guantes ruedan explícitos bajo las ruedas de los retardos.

De visita vino el asesinado. Sonreía con primor. Se cubría los pies con trapos de burbujas y se movía como sobre un pedestal. Callejas le sobraron para transitar.

Bajo la luna guapetona el cónsul se comba. Recoge a la rana viajera. Le aventura una sinonimia. Le propone un ensangrentado sistema. El batracio se aventura y gana millones.

La vio orinando en cuclillas y su camedris purpureaba en la resolana. Aquella textura labiada, fiebre le habría de producir. Lustroso se embebió en el vértigo de la infusión.

Vencedores, presidiarios. Amparo del influjo de las leyes. La decoración de las circunstancias. Calvos sin pretensión. Tiempo que le hace sitio a la ignominia. Socorro juzgado hasta en su más íntima esencia. Carburo del cual no se logra provecho.

Mercaderes del pasto y la rinitis. Habitantes de la avidez. Maceran las músicas con partituras cloacales. Cartas que se exaltan en las protuberancias de las cuentas. Oros concebidos, hormonas, pértigas para implantar cesiones.

Disolución de los colmillos en los líquidos del cólico. Dimorfismo en el cancionero de la gula. Dislate y dinamismo. Si dices disidencia, el diodo encuentra su vacío.

Se pretexta que nada ciñe y sin embargo los mocos resuenan con su bravura.



## XXXI

Kefir sobre la esplendencia de la yerba que se acogota. Kinkayú que forma una enroscadura pequeña. Caimanes se han movido con total negligencia en los pantanos del traspatio. Cayenas en la abundancia de la luna mientras cabalga un jinete con poca cabeza. Icacos moreteados por la sabrosura del verano. Resumen de vistosidades.

Vil dispersión por el aire. Se remueven los tizones de las enfermedades del fuego. Se eleva la presión de las pasiones. Muere el tirano suspenso de un gancho.

El caballo de la profundidad apoyó sus dientes sobre la corriente del vicio. Era de tiro el equino y su porte se usaba en distintas alusiones. Tiritaba al momento de sufrir daño moral y pronto alcanzaba el suelo. Con correas se le halaba hasta el establo sin piedras. Allí se asía a su trayectoria y la distancia le llegaba con holgura.

Surgen los señores de las estelas de la parte austral del foso. Se allegan sin adornos y sin genética. De improviso forjan fantasías. Convierten el quimo en torsión de arbustos lelos. Se marchan por los valles en medio de sustancias de un solo pelo.

La ruina de las odas frente a la casa de huéspedes. Purgatorio sujeto a la voluntad de los arrumacos. Anuncios de manos cerradas y postillas en los ojos del sexo.

Desde la ebullición compiten los cinceles y las guarachas de pitones vivos. Hablando se sobrepasan las cuitas. Una rotación de manubrio determina el aullido del alma dura. Instantes de los contrastes en las puntas de las guitarras. Acaecen las punzadas astronómicas del corazón. ¿Atacarán las tajadas de la carne en su fase larvaria?

Recordar las pulmonías bajo el granado. Sobar con nostalgia los machetes. El aguamiel estará en el tanteo de su ebullición. Maletas para el teclado y predicaciones de los tentáculos. En la extrema porfía una pulga apuesta por un gatillo que pule.

Concierne a lo pueril. Limpieza y pretensiones. Edad que media entre gozne y resorte. Los anillos ruedan en la viscosidad del plenilunio. Se alternan los síntomas y los apuros. Un rapto se produce cónsono con la higiene del agua. Drama de la heredad.

Propincuo, el órgano de la gratificación. Se esmalta al vaivén por añadidura. De tres naranjas, dos rozan preferidas. Nuestra prédica se queda en las manos.

Nubes en las gargantas y nudos en los momentos eclécticos. Se oscurecen los juicios y se eslabonan los zoquetes. El que cuida las almendras pronto se despabila. Se nota una mujer que arrastra una infamia. El público disciplina su perspectiva.

Contrapunto del lobo sobre la azotea. Pérdida del tiempo en bondades. Proceso de la renovación que se advierte. Los aliados se soplan las sevicias. Las incorporan a sus aceros. ¿Dónde se esconderán los reparos con el advenimiento de las trochas?

No ganar para árboles. Ni qué mencionar las semillas. Los nordestinos abrevan en aljibes que no existen. La gramática se vuelve vituperable. Arden las razones y los rudimentos. Un animal noqueado: hito para los tuertos. Falta un aparejo en el pedregal.

Se retuercen las cuerdas. Se afloja el corral. Las torceduras producen choques adelante. La menor evasión se ejecuta en medio de montones de migajas. Según la tradición. Hormas, de las dulces. Cualquiera padece una galladura. Responde lo macizo el intento de la protesta. (Siguen las galaxias su desconocido vuelo, arrastrando argucias, despejando cienos). De huevos, se colman los parajes y se caldean las nervaduras que refuerzan los muros. (Donde no hay llamado expira el mudo).

Guía saturada del aceite de lo único. Breve bagatela para pies campesinos. Fin y convención. Si no se muestran manchas en la entrada, el ánimo se magnifica.

## XXXII

Aun cuando la greda se acueste, los aulladores se denotarán tardíos. El contagio de las subidas. La piel librada a su advocación. Ciencia de los oídos que no se turban. Emascular las falsías. Los puños y los licores ciegos. Aprontar los deleites.

La totalidad consiste en un paseo con su manglar. Sital para la desembocadura. Donde haya sirenas con entendimiento. Ausencia de lamentaciones. Desde los sonidos naturales procrear una relojería para los sentidos, una crónica que esté exenta de fugitivos. Cultura de la comida con niebla y libranzas de sudores existenciales.

Ensayos de las orquestas en miniatura. Despedidas de las berenjenas que no suenen. Agracejos tratados en su mayoría de edad. ¿Por qué no esparcir quince plazuelas al borde de los crepúsculos? Se alzarían atalayas y gritarían los conversos.

Escribiente que se ama. Epístolas de amarilis. Acomodo de las cosas. Plenilunio y junta de manojos. Hierros bajo la alberca. Místicas inflorescencias. Espontaneidad de las umbelas. A la luz de los satélites se truncan los hongos y se amarran los venenos.

Hilan las lágrimas los gusanos. Bostezan las bayas de sueño. Forman una síntesis las cáscaras que se rellenan. El mar entra en su oleaje de bahareque y las brisas sujetan los disparates. Recorre un tema todas las variaciones. Un barroco tironea el libro de los caminos. Las aves vuelan dentro de sus bejucos de nasas. Se pavimenta el horizonte de cohombros. No mueren los balcones debido a las vasijas del espectro.

Las edades balan con frecuencia. Sobre las velas nunca se hostiga el mundo. La trivialidad se apodera de las canastas. Un mimbre compone su armonía apegado al sacrificio de las vísperas. Las caries corroen a las rocas. Los peces dan violentos tumbos contra las puertas. Las sangres se mojan con fluidos de las esteras. Testigos del elogio.

Suelas y heridas en los dedos. En las barandas, un tropel de direcciones. Pobres buques tremolando en el desempeño de sus antillas. Jaleos en las claridades del azimut. Símbolos del ego en busca de los retratos. Aparatos con sus negras epifanías. Poemas de harina y canutos. Se llevan los caprichos los agujeros del acomodo.

Aquellas mismas cenizas. Esos fundadores ecos. ¿Cuándo se entroniza el

rajadiablos? Basárides para las contiendas e indicios entre los pinos. Síntomas de los códigos en los programas de los reptiles. Puntadas que abundan y azulencos en las rodillas. Bastante con la sobriedad y el empleo. Por merecer un diván y su respectivo espejo. Imágenes con sus discursos, con sus descensos de apenas. Ubres de mediodía.

La tarde trepida con sus campanas de remos. Sobre los cartones se entretienen los insectos que no se cruzan. Bosquejos en la inutilidad de los espasmos. Sostenidos olores de una decoración algo misógina. Las golondrinas tragan las texturas beligerantes. Se escribe lo que sucede durante los bienios. Se recogen astas y hendiduras en las ruedas.

Se ocasionan las tierras medianamente nacientes. Se intenta alcanzar las ínsulas que participan de las postreras soledades. Se erigen moradas o mansiones desde donde se puedan enrumbar emboscadas. Muy resistentes resultan los penachos que arden al no fecundarse. A los lados las cadencias se sufragan con capullos y sucedáneos de las varas. Unos mármoles se desenfadan en lo soluble. Los pórticos palmean sus verrugas para verificar las estancias de la palidez. Una bandada de calandrias rompe el entorno con su vuelo de embriaguez cilíndrica. Más páginas se unen a las precedentes para culminar los presagios del viraje.

## XXXIII

Las madrugadas de la gente de acullá. Con brillos de daga y liturgias de pannel. Honduras en el convivio. Desperdigadas reliquias en los lugares del pláceme. Y los ecos se conservan con toda su carga de obra abierta. Y las hojuelas en múltiples vistas.

Se echan los panes en las malgastadas redes y la sed se entromete en el barro. Seducen los orígenes cuando provienen de los otoños. Hubo poblados erigidos sobre sus retornos. El zumo de los mapas calmaba los afanes de los viajes. Purificados los algodones asumidos. Curvas, ejes y un plano de asimetría. Escenas desde el atávico molino y ensayos sobre los yermos de amor. Meses con cuartetos volteados. Lo ancho comienza a adquirir sentido. Las rosas que no se enturbian vibraban con las distancias. Incluso el hipogeo y la manilla y la galería para el cuidado de la humedad.

Pasmado ante las areolas. Guardado para mis propios artificios. Superando con creces lo local y alcanzando la zona de las ansias. Ahí mi baúl se blanqueaba y yo, abocinado, clamaba por un jilguero en la bodega o en el túnel sobrio y tenaz.

Cada una de las plegarias fue acogida los viernes. Ese día de los asuntos venéreos y de la laxitud del espíritu. Apariciones enjalbegadas. Dobleces en las sábanas. Evacuación de los eufemismos sin previa demanda. Las doctrinas se despellejan bajo el influjo de las intimidaciones. Sembrado, el ímpetu revierte en flores.

En la percha cuelga la entidad celestial. Viste prenda de ayuno. Calza cabestros que ganan fortuna. Ceñudo, indica el naipe que irá al molino. Mientras tanto, la onda prosigue. Cae en mientes y es venerada. Luego se pierde por las ranuras...

Al objeto, trasiego de luz. Mortero que en su concavidad alcanza el apetito de siempre. Migrañas de los seres que se reparan y no se tuercen en los olvidos. Prendeduras del destino. Cual los miliarios en sus posiciones. Mil hojas o mil hombres. Milenrama. Y la ensalada que aturde con su aceite en el milagro frontal.

En el trópico, especialmente espigado. Viajante en lo abstruso de lo rosado y en los atardeceres con chillidos de cotorras. Acaso un principio para humanizarse. Tales indefinidas fábulas y una experiencia antes de la caída y el divorcio de la ceiba.

Fui de alguna cosa. Intangible, incognoscible. Legumbre metafísica en el cal-

dero de las elucubraciones. Por esa evidente oxidación se enmarcó mi derrotero y me representé en minoría con el barreno activo. Al paso de un grafito logré mi mimetismo.

Dos semanas y tres ciudades o ¿al revés? En todo caso, múltiplo del gato. Un polvo deliberante achicaba el ámbito. ¡Qué fruición tan perfecta! Diezmado, me hube de holgazán y construí la miosis para regodearme con los años y los anunciados desperfectos.

(Ahora recuerdo: un mirlo defecaba sobre su monumento y un pintor lo miraba hacer y un molinillo de café no se bastaba y un leproso añoraba su corral y muchas cerezas rodaban por la calzada y los niños sacaban sus sucias lenguas para que las lavara el rocío...).

De esta manera, tenía que arruinarse la solemnidad. Ya no habría gallos en los portales ni veletas en los tejados. ¿Cantar habría valido la pena? Contra la diarrea lo mejor es colorear el vino y atusarse los bigotes, si los hay.

Moceando, se levantaron los luceros y los amantes la emprendieron a mordiscos y abrazos. Después de la lluvia fortuita, cualquier suceso se colocaría en ascuas y mondar una fruta sería signo de perversión.

## XXXIV

Trenzas y maliciosos que cruzan danzando. Con la máxima velocidad se acercan los objetos de la pasión. De través, los ascendientes de los animales de aplo-mo barruntan debajo de las exhalaciones. Unos fingen travesuras; otros destruyen longitudes.

Se traban las lenguas en la noche que precede a los meneos. Al trasluz se observan columnas que se segmentan. La sorpresa gana sus efectos con un golpe de violación.

Las anomalías se destinan a los tabiques que proyectan figuras. Con trapos se embeben las ventosidades y los ruidos. Los muros anuncian que son mortales y los que residen a sus pies eluden la confrontación. Solos, desconocen la pluralidad.

El tiempo se parte por débil. Los envenenadores agrupan a los carbones y sus respiraciones particularizan los diafragmas. En cuanto es movimiento un acorde invade la pérdida. Síntesis de la defensa de las averías. Concrecencia o apacibilidad.

Similar en las junturas de las fiebres. Vorágine entre dos vegetales tiro-teados por expertos. Soledades de fondo. Sábados con molduras y duelas. Elementos todos que fueron devueltos desde las simpatías del desarrollo. Al final, simbiosis de la unitaria.

Del sur más anual, del que habita en la selva, se atijera una tónica que vence sin predicados. Las especies se balancean y buscan respaldo en lo que se gesta sin ceremonia. Indoloro o blanco, un canino se aprovecha de manera neutral. De perfil, prematuramente, envejece quien incluyó las semillas en las corrientes del truco.

Pajarillo de los dedos amostazados, ¿pariste sigmas o sellos callados? La cuestión se arrastra junto a su significado proverbial. Las criaturas descansan y se les pliegan las ilusiones. Provectas cumbres representan los indicios de extintas patologías.

Entre la mejilla y el occipucio, un páramo con mosaicos y mandiocas. Perpetuamente se objetiva el nacimiento de las figuras labiadas. Los porcentajes se arrinconan con el promedio de los dulces y los milagros se amilanan o se refinan. De suyo, las siglas.

Los niños muerden las horas que no pertenecen al día. Luego permanecen

rumores. Se amasijan vergüenzas, eminentes, broncas, alteradas. Aquende los horizontes se forran los senderos con vendimias. Se refrescan los yerbajos entrecanos. A expensas de los ángulos, se rozan las apelaciones de los labriegos. Privación de lo fatuo.

Intiman los bollos en las pasarelas y el torneo de los escudos se distribuye entre los centinelas. Desciende la imprudencia. Brazos desiguales cumplen el oficio de las agallas. Se sueldan las tristes notas y la autarquía no prima allí y verdes se tornan los trovadores en la pureza. Los rompientes administran los clamores con un cortejo de buzos. Ciertas cosas como las orillas, las frialdades, los resabios y los tatuajes circulan.

El sentido y el murciélago sobre el guante. La sangre maldecida hasta el delirio. El destierro hollado con la quintaesencia del pasmo. Un colibrí para la humanidad, para su método ilógico. Oran los químicos ante sus escuetos alimentos. Gobierno de otro costal.

Se tantean las arterias. También a lo que pulsa, al puntapié. Tuétanos hermafroditas y red de lanzas en la encontrada frontera. Pululan los predicadores. Las biblias cosidas a puntadas. Los santos, pequeños mamíferos, interferidos por las pulpas del enojo.

Perimen los brillos de las luciérnagas. Con ellas se eslabonan cantares y ciclos y constancias de la umbra. Asientos del verbo cuando presente el peligro. Anonimato del próximo celeste. Marcos paladeados con trasfondo de lagunas insertadas. Recuerda: al maestro también le castañetean los dientes si se introduce en la viscosidad de lo atemporal.







Fotografías: Wilfredo Carrizales

## XXXV

Amparo de patos y las cordilleras se enroscan en sus enfados. Favor de las sombras para los paisanos. El orbe se siente cumplido y expulsa capataces. Esas entrañables sensaciones; aquellas inmoderadas desigualdades. Las víboras y sus alicates.

El lienzo ha nacido de la cabeza del enmohecido. Las imágenes ruletean por cuenta propia. De parasoles están llenas las estancias que se amuelan. Apéndice de los alfiles en el murmullo de sus partidarios. ¿De cuál aspecto nos enfermamos con veracidad?

¿Qué ley se establece entre los metales y las ruinas? Los miro a todos ellos y descubro la jugada: el billar que fluctúa con abundantes cintas. En paralelo, me recojo la vejiga y con un compás escruto la música de las escorias.

Cajas que se abrasan bajo la inclemencia de las capas sublimadas. Voy avanzando dentro del establecimiento y los paisajes que imagino se deslizan bajo mis talones. Deifico a las ratas que gustan de los placeres perfectos. Divido mis mañanas para homenajear a los analfabetos que son muchos, que son testados.

El chicle se mastica con los comienzos de enero. En las calderas raros combates se escenifican. La decepción suele ser real y alguna trompeta se asume y se petrifica. Miles de grafías en las sesiones de las codas. Un ruido abstruso y fuerte se estaciona en el aposento que se estarcó.

Se merecen a oscuras los estancos de la carne. Abundan en lo invertible. Se constituyen en bultos y aguardan el sitio de las lumbres. Creo que me comprimo o me absuelvo. En cualquier caso, provocho un aire que exalta las paradojas.

Deceso de los estigmas sobre las tesis que se vulneran. Muladar de las apariencias. Entereza que no produce el calado. Facetas y atados de los hijastros con fajas. Fallas, ductos, suescas. De repente, una caída por detrás, un lampo en mitad de la insistencia.

Los jardines aún se embrujan y la infracción de los juguetes equivale a un tirón en las colmenas. Famas de los sombreros que anidan genticillas. (Una milonga bate su día con la arpillera de la nostalgia). Husos que comparten las manchas de la hechura. Pasos y galgos alongados por el visaje de las derrotas. Un obelisco se emplea suave, nucleado.

La palabra y los nudos de su comparsa. Me resuenan al interior de las costillas falsas. Parecidos a los bajeles en bajamar. Úvulas y polvos a considerar. Cor-

tinas del lodo. Me tumbo y practico el concepto de la brevedad en el arqueo. Dirijo mi íntima emboscada.

Vulgarmente: las huellas del asesino. El régimen de sus empalizadas. La fonología de su miedo. El desarrollo de su sino reblandecido. Puñal y vista esquivada. Doblez.

Iguánidos, ajustados a sus convenios. El coloquio efectuado al amparo del endurecimiento de las gracias. Contenidos de la inercia y un aplique que se proyecta, fugaz, sobre una pantalla. Centro sin virginidad. Cueva y legión. Algo rompe su quilla.

La preñez de las jaibas puesta en evidencia. Feria de las pequeñeces. Drupas perseguidas por el acoso del entendimiento. Me descubro y me reelijo. ¿Un sustituto para el dardo y la jaculatoria? ¿Una cal secretada con la clavija que se espiga?

Si llueve con esplendor se voltea el kayak. Los mares trastornan los blancos y las algas conducen a sus entierros. Nadie hablaría de nieves, ni de noches alejadas de lo suave, ni de espectrales calorías. No obstante, un rumor presumiría un lábaro, nada más.

Encuentro de perros en la topografía. Habilidades y descripciones. Un rey en su madriguera otea los divorcios. Un fuego, de improviso, se atiesta y el tormento adviene en lucha.

## XXXVI

Prótesis para las máscaras. Hebra o heredad. Me impele el tamaño del maltrato. Voy en el acento de la disyuntiva o en el folículo de la locuacidad. ¿Quién lo sabe? ¿Quién lo pone en claro? Sucedo y protagonista me acoplo, me entusiasmo, me propalo.

Lo nuestro promete. En la arboladura auténtica. Los carbones ya no son prófugos. Más bien lucen aquietados. Y los frutos de aquellos árboles, sitos en sus distritos, no se despojan de los influjos de la luz. Y los vallados colocan pruebas para cortejar a los testigos. Crismas resucitadas y santidades de las cinturas. Silencios con plazo fijo.

Inseparable dominio del clítoris en la joya que lo prescribe. Desvelo de la vulva en el cebo de su materia. Prenda prensil y próspera. Factores en la diminuta tempestad.

En el fondo, una colombina tiesa. ¿Lo autóctono a media asta? El oído saborea la relatividad de la ostra. Comunica al mar con su tribu. La difusión empieza con fulano y zutano. Honorables individuos que no lloran. Que fieramente se envilecen. Otrosí.

La ortega y la horticultura: tema de un distante tiempo. Quejidos meridionales y constantes. El occidente revisitado con lupa sin sujeción. (Me consta). A más de esto, profecía del canon del hueso. Casi negro, mientras va anocheciendo y nos perdemos en la oposición epistémica. Fuera de juego y extirpación de la cultura.

Llenura, enteramente. La avena se ha decidido y el mantel espera. Llamados que irritan. Giros en la sapiencia del lúpulo. En los escalones las buenas disputas. ¿Dónde descienden las claridades, los albores? Verificamos los tópicos para bregar el solaz.

Esparto encima de la desteñida manta. Éxtasis como caso cualquiera del mundo. Abstracción de los braseros. Los achaques del sobrino del suizo. Gloria y teléfono cojo. Misericordia hasta comprar una chaqueta que mete miedo. ¿Se olvidan anteriores ficciones?

El pito perece y la flecha floja. Júpiter sobre la divisoria de las aguas extraterritoriales. En la hora señalada, el trueno que se clausura. Claval, se aposenta en su mixtura. Y la médula eslabonada a su pavor, conocida de la brusca y la soledad del fósil. Encuentro de la variedad de la jactancia con el núbil sartén.

A través de los vasos se cuele el rocío. Se subleva el verdugo. Se acopla el casal de faisanes y suena una flauta en sitio por escudriñar. Una mano atrapa un conejo. Un mago se declara irredento y es acusado de herejía. (En fa mayor fenece el lorito feo).

Con inclusión se evacuan los males internos. La evanescencia aligera a la mujer del aviador. Un conocido colecciona jirafas en el capítulo de un libro. Los peces salen a la conquista de sus jangadas. (No me arrepiento ni en lo mínimo: un chasquido y la tez).

Vituperable en el añadido de tramontana. Provincia en la potestad del afecto. Se conoce al que dicta poco. De bomba se desplaza al cono. El regüeldo va de chacota y se rehúnde el papel de la templanza. Físicamente, todo o nada. Desde el continente se novela la malignidad y se alborotan las sumas aleatorias.

¿Se habrá recibido la malta? ¿Su notoria esclarecencia? Sobran los que crían cuervos y los que cazan a sus primas. Después se distinguirán las defunciones por el color de los escupitajos en el piso.

O sales de plomo o sales de aluminio. Sea como sea brillarás con lustres prestados. Irás de barras con el fenómeno óptico encasquetado en las clavículas. Las ataduras serán tus eones que te empujarán in extremis.

## XXXVII

En su sitio, el carozo. El cambio en la borda. Resoplidos para ahorrar bríos. ¿Para qué? Para aguzar el área, para enfrentar los adornos de plumas. Los abajeos serían los culpables. Parte del cerco de lo que se disuelve. Los bigamos certifican que son más creativos. Unos bocetos coronan la universal experiencia. Las opiniones de un payaso cuentan. Cumplir para evitar las cortaduras. El rescoldo desaparece en pos de delicias.

La peste, sin rumbo, en la sangre. Ocios, apuntes y cartones. Las canastas enmendadas por las armellas. Los amigos poblados por chismes y minucias. Rodando se abonan las úlceras y se encuentran candilejas en las hogueras del globo. Sistema antinatural de los homónimos. Las aguas confitadas por la relatividad de las meriendas.

Quitamos los aburrimientos con no más labrar piedras en medio de disputas. En las proximidades de los conductos una coloración pluvial para constituirnos. Se maldisponen los legajos de las noches y las chimeneas distraen sus aberturas para existir. El estilo se emparama, caracolea con la vastedad de un laberinto.

Los esqueletos logran el descanso que estiman. Unos diálogos comienzan sobre las maletas. Dinteles y huecos con redundancia. Hace cien años: los regímenes de la esfinge. Gente de la diana que se entroncaba con el bullicio en las brumas.

Triunfo del invierno durante las edades fusiladas. Las dilaciones corrían por los sedales. Pétalos de los herejes y gabanes para regar. ¿Los cabellos valían más que las quijadas? Erudición de las impuras bajo el universo sin huertas. Obras del cartón y sus afines. Los decrépitos se rompen los dientes en la primera cuadra. Lo fortuito se cuece.

Al parecer, se elucubran los chasquidos. Altas rosas aguerridas. Valeduras. Garzas y poetas. Seres que en las vegas lo pesan todo. Debajo de las encinas, pocas menas. En los últimos lustros, torres al cotarro. Lazos y ruedas que no se ven. Agraciados tirsos y zorros de arriba. Esponjas en los barracones. Perales basados en clarinadas. Pardas vastedades. De a uno se marchan los valles y solicitan sus panes. Los oteros y las librosas sendas. Deliberaciones de ganzúas. Nieva y se recuerdan las galas del esplendor. Materia memorable y la lívida luz prosigue al castigador.

Las novas han caído en las orillas. Obligan a pensar. Se demoran los derribos de las mocedades. La geografía disfraza a los cangrejos. ¿Qué estipula el inventario en estos casos? Ayer los residuos de la hipotenusa cubrían el antídoto del

arroyo. El gran secreto impelido por las espigas. Se cercenan los lugares del carbón. El perfil de un cernícalo se contonea a menudo. Lo que contiene, se abre a los preludios y certifica un retorno.

Cifra de las mesas y collares perdidos entre lo oscuro y lo zaino. Quien cierra una ventana atropella su clausura. Hay que sanar los pestillos. Al cuaderno natal se le resguarda. A los vidrios se les licencia, evitando el coloquio de los grillos. Se emprende un viaje a la izquierda del retablo y en los rincones erupcionan maravillas. Bajada del cielo, una herrumbre, a ciegas, localiza su toronjil.

Las cigarras se curvan en las alas de los sombreros. Los dichos circulan dentro de los triángulos. Por donde entran los espacios se libera una anunciación. Un reloj se aleja ardiendo con su suicidio y su gnosis. Yo me acloro y la aridez es plena. Los tontos embriones se gravan mutuamente y empobrecen. ¿La coyunda soporta la cobranza?

Las estaciones se abastecen de élitros y codician los folios del firmamento. Epifanías como banderolas. Cojeras de los escarabajos secretados por las hondonadas. Zarcillos y brotes de la génesis. ¿El periodo del arrebol se apaga con la amargura?



## XXXVIII

Intervalos por debajo de las mujeres que saltan. Sonoridad de los sujetos en su alocución. Cuerdas y pugnas. Almuerzos mal acometidos. Los combatientes se burlan en sus habitaciones y les dan beligerancia a los mazos.

Según conforme los yerros. Pretextos para entender las cizañas. El final de algo: animal que se culpa a sí mismo y se pervierte. Sensaciones redondeadas. Se endulzan los parales con las garúas del confort. Un tifón se confiesa apoyado en la deyección.

El paladar se articula a su usurpación y así se consuela. Detalles en los caldos y obligación del dominio del archivo. De iconoclastas, las vías y unas magias que se contentan con mucho. Ascenden los contrabajos por el rencor de las mallas. Estalla la música y se excede hasta los pechos opuestos en el tenor.

Oprobios y vecindades. Solariego, me añublo con la cerveza y la porcelana. Método del bocado sin freno. La agonía se mide de acuerdo al vaivén de los astros. Huelo los conciertos del cáñamo y predico con los versos del coral. Ahí, en esa atmósfera reclusa, la obra ataja a sus ventrículos y en los litorales se añejan los ombligos.

Se uncen los gravámenes a las cornejas y les entorpecen el vuelo. Los trebejos se sitúan por doquier, en procura de dominio y heterodoxia. De las figuras del cuerno se modelan las crestas. Sus partes salientes son un arte para el que hace sonar la trompeta. Gruesa y temible correspondencia. Fe de la enrancia con abuso incluido.

Tratándose de cortinales los suele haber de istmos o tardes de cidra y hechizos. Los dioses no creen en los actores ni en sus aniversarios de marfil. La dominación de los grises encaja con los entierros de los ornamentos. Díresis en la noticia de lo verosímil.

Más vale crisparse con el derribo de los ladrillos. Las personas se iban desmoronando a favor de lo acromático. Los bailes se fijaron y tembló la fotosfera y se le desprendieron las castañuelas, las navidades y las agujas. Cúmulo de materias choznas.

Se detuvieron los rostros en los anillos de jade. Se sentenciaron. Cifraron gravedades donde no las había. El sistema de los cuadrúpedos los acentuó. Tanto que quiso la lotería y los tragantes enviciaron las monedas y pusieron en ascuas a la alfalfa. ¿Hurtar los cuerpos para qué? En cueros la abundancia acaece con los segmentos preliminares.

Del delito, los cadáveres se enteraron. Unas cimbras desolladas fuera de época. Cundían las plantas que vomitaban esmeraldas. Hacia el este perecían borrachos y esculturas. Al mismo nivel, el tribunal se accidentaba. Se regalaban cureñas para el olvido. A veces, con impertinencia, se enfermaba de ignorancia a domicilio.

Sayo en el prodigio de la chacra. Defuera la moderación se excedía. Termina la inflexión con la roca partida en las manos. La curiosidad aportó sus viandas y sus arenques, sus quesos delictuales. Nació un individuo y con él un espurio alfabeto. Buena suerte y miramiento. Los rasgos de los ácaros se acentuaron encima de los muros y las manías, al contrario que antes, revelaron sus ansias y sus concisiones.

Encamisado. Emulsionado. Vestía las prendas de taracea. Serenado, con navaja. Mis límites eran los consiguientes, los que se prendaban del almagre y lo hacían fulgurar. De ordinario, fraseaba con bondad y equilibrio. En los sorteos, posibilitaba las asas y me obstinaba en los cartuchos. Al lograr puntería, emergía la doctrina y su casta. La higiene se vaciaba tras el bastidor; el temple, trepaba a su andén. Tal cuadro se extendía hasta el infinito y encauzaba los elogios que aprovechaba. A la orden de una región que poseía vehemencia, sostenía los goznes que incitaban a las reprimendas.

## XXXIX

Filogénesis para asegurar mi talismán. Inquieta flema que se desplaza por el borde del umbral. Me trato en mi cuna de fiordos y avena. Me une el lado más grácil de la laguna que se interpola. Amago la cresta blanca que mi hermano aleja de mis muslos. Un fingimiento me arropa con su textura de bajorrelieve.

Lo que es susceptible de ladearse finalmente se inclina y suelta sus pulgones. Un flamenco ha cantado en el flanco de su adversario. La radiografía del pantano se acomoda a las necesidades de la óptica. Ya se quejan las aberturas; ya se fleta el aliento comestible. Por principio, la fronda del sol se aviene con todas las rugosidades.

Una nueva comarca se integra a los peregrinajes de la aurora. Cualesquiera fiebre se acrisola al ciclo que se fecunda. Los gusanos se impresionan y trastornan su libertad. En el limo transitan las diminutas carrozas. Escojo mi sede para las próximas centurias.

Se abaratan los bustos en las explanadas que parecen ambiguas. Aumenta la culpa entre dos tormentas. Quien evoca no puede darse por muerto. Al alba gira el eje que, a veces, se confunde por loco. Ni aun desapareciendo dejaría de orientarse la anguila sobre su ondina. Provinciales asientos y un gallo mojado que dice de las plumas que le matizan el canto. ¿No es por esos contornos donde los moribundos trazan sus rutas?

¿Adónde se fue la homilía de las abejas que reñían? ¿Cuándo el ládano se reveló en la residencia de las palomas? ¿Quién relevó lo oclusivo para que reinara en la escasa vegetación? ¿Cuáles pingajos ablandaron las tristezas para partir al solo peligro?

La búsqueda y el despertador de los minutos. Muñecas que en vida edulcoraron la munificencia. Tarde de pachorra y cómo. Rebujal de corpúsculos en los toneles con sus llantos suplidos. El sarcasmo se adecua a los personajes de rayas y misterios.

La física ha renacido en los tranvías. En los linderos de los accidentes se desbarataron las revistas de moda. Todavía los hidruros nos traían de cabeza. Los sínodos se aprisionaban con los astrolabios sumamente pertinaces.

Obvios los raposeros en las esquinas de la superstición. A otros persigo. Bajo el brazo conduzco una variación de asbesto. Un árbol flaco siente la extrañeza y jamás vuelve a florecer. Se acaba la rabia con el alquitrán y el que persevera se desnuda sin dientes. La insignificancia de un pimpollo se hace patente con la

molestia de las criptas.

Tránsfugos de los cambios repentinos. ¿Y las anteriores intervenciones? Las sonatinas están para los hornos y no hay porqué hablar de tragedias. La memoria suelta sus cabezuelas y el ulular de las lechuzas rejuvenece al arpa emancipada de suertes.

Eran los viajes con estirpe. Me tragaba los ríos. Trazaba las vacaciones a dedal. Activo, sobaba los volúmenes que besaban las ventanillas. Mi hígado trepaba su colina.

La máquina trituraba los problemas. Lo sensual participaba de su conato. Unigénito, el relámpago se acogía a las paralelas de su derrotero. Envío de los yugos hacia los sitios de las congruencias. Traqueteos y vencimientos posteriores. Un alma pisa a otra alma y una algazara valida lo que titila a barlovento. ¿Un diamante aplaca su sed? ¿Una carrera conduce hasta las vertientes de las camelias? ¿Hay un jardín devorado por el mar o por los océanos? Las varas se sostienen y lo digo y lo redigo y el duende se enoja.

Nacido de las solanáceas. Un piso más arriba que el mío. Anticuario que sofreía cebollas y atosigaba con sus desparpajos. Ahora ninguna cosa se conserva ni un nimio pellizco de hierro.

Los discos dan vueltas arriba. Las irregularidades los arruinan. Acerca del duermevela todavía no se ha explicitado nada. Mientras se desmandan los mosquitos, los países se esparcen y sospechan de las dichas.





Fotografías: Wilfredo Carrizales

## XL

Restos de las rutinas en las solapas del pueblo. Junto a los destrozos, el color de los pescados. Arrojar la pelota a los ausentes canes. Conclusión de apodos y adioses.

Refrendando cantigas que nos exoneren de elegías. Las locuras continúan en funciones. El álgebra beneficia las sediciones. Se sueltan las alcancías para que duerman sobre las almohadas. Se revuelven errores y aguas amuradas. Se alcanzan las cuerdas para las efigies en sus sábanas. Reviviscencia y opérculos en las cornisas.

Irradiaciones para guarecerse. Bolas y horizontes. Principios donde se mora, donde se constriñen las revueltas. Huidizas, las comadres se divierten. A través de las agujas se ejercitan las candelas. Los julios contraen nupcias con los haces de leña y la reverberación y el lustre de los instantes se establecen a perpetuidad.

Solares de los cojines verdecidos. Cilindros pillados por los cachetes. Realidades de las roeduras, guarismos e ímpetus que no oscilan. Si hay gemidos, ¿serán los de Satanás? Laureles por millares y un escribano y su abrigo. Vagos y sinecuras.

Menguan los bizcochos con los oficios de la hambruna. Entrado en años, salgo con los mejores meses. Asevero las mutaciones y los proverbios del encanto. De paragoges y bálsamos engordan los cursos del helio. Soy partícipe y me doy en el catastro. Sin apellido me violento, pero adrede extendiendo mis vástagos.

Allano el camino del alzacola y lo proveo de la merienda que embriaga. Batojo los olvidados frutos del placer y escudriño en las cajas que son arquitectas. Se chorrean los bravos en las batallas del verbo. Los decibeles se defienden con las frecuencias de sus nacimientos. Envinado, dirijo la contradicción de los beodos y calculo sus acometidas.

Las facetas abordan con sus firmas la nave donde apenas se reza. Glotis de los lactantes en los periplos de la asunción. Fosforescencia de los puños en el altar. El viejo dobló la campana y le supo a dolor. La tarde debe ser una fiesta para parir bondades.

Sus Marías y sus tres infieles. Alboroto en el ala monumental. Los jarabes portan promesas rotas. (De allí mismo lo sé). Hasta que se dictamine que el kaki es una tela o una fruta para enamorar. ¿En Kara-Kitai hubiera encontrado mejillas en las granadas?

(En el interior de la lana vive un goloso. No se sabe de dónde procede. Come y devora sin parar. Lambisqueea hasta en el porvenir y su gula es astuta, pues no se ve).

Llevo llamaradas y los troncos leudan y yo me adeudo con mi destino. Otros maderos me conocen y desean mi guía. Mas deslustro mi mester por no dejar.

Lo que incluye al reo como testigo fracasa de plano. Una neuralgia para el festín de cierto patrón. Los pasajeros no se transfieren las valías y avanzan de acuerdo a sus facultades. En los quioscos redundan los pareceres y los fumadores asesinan a sus tabacos. La inmensa humareda surca rampante. Un prístino templo pronto se acoda.

Los talegos mezclan sus polvos sin importarles si están o no frente a los estuarios. Por aquellos lugares no se escuchan los sonidos de la siega. Solo las ubres bambolean con dedicación. Las variantes de las varicelas exponen abiertamente sus apologías.

Whisky para las razones filosóficas y en el perineo el albur de la cebada. Los yugos atropellados en sus climas y una vegetación que tendía hacia lo marrón. La zoofilia como credo cotidiano, sin temor al estigma del sida. Se zurce y las leguminosas se alzan. Yusivos, los serviles se apiñaron en procura de compendios de soles.

Cauterios eran sus nombres y se arrastraban sobre los alcoholes. En las toponimias se encontraron los que solfeaban con los que dramatizaban. De tal encuentro surgió un retiro y un desamparo que hasta la actualidad se cansa y no reina.



*Claves lanzadas al espacio o a las aguas,*  
de Wilfredo Carrizales,  
fue publicado en *Editorial Letralia*,  
espacio de difusión del libro digital,  
el 5 de febrero de 2015.



## Claves lanzadas al espacio o a las aguas

**Wilfredo Carrizales**

*[http://www.letralia.com/ed\\_let/claves](http://www.letralia.com/ed_let/claves)*